

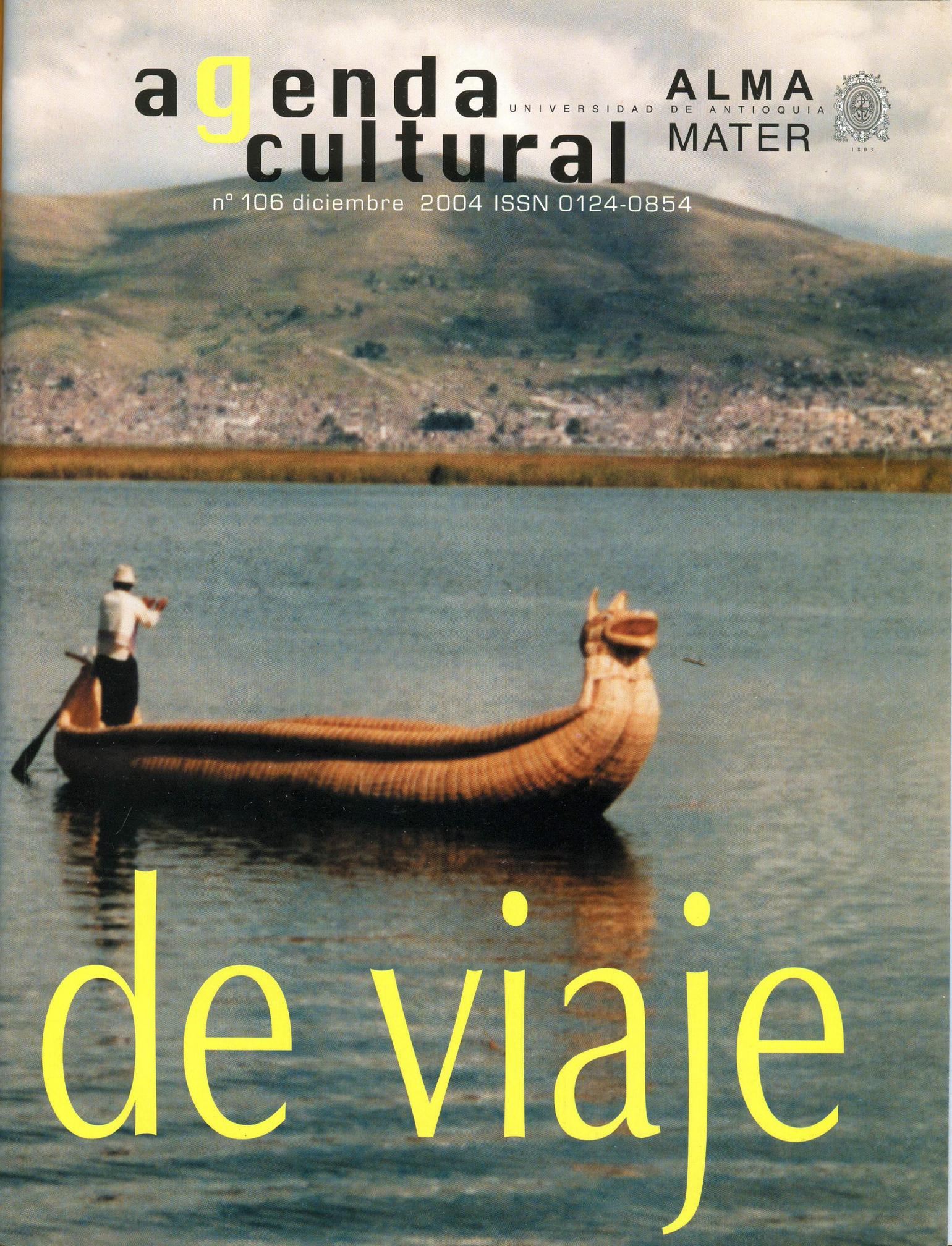
agenda cultural

UNIVERSIDAD

ALMA
DE ANTIOQUIA
MATER

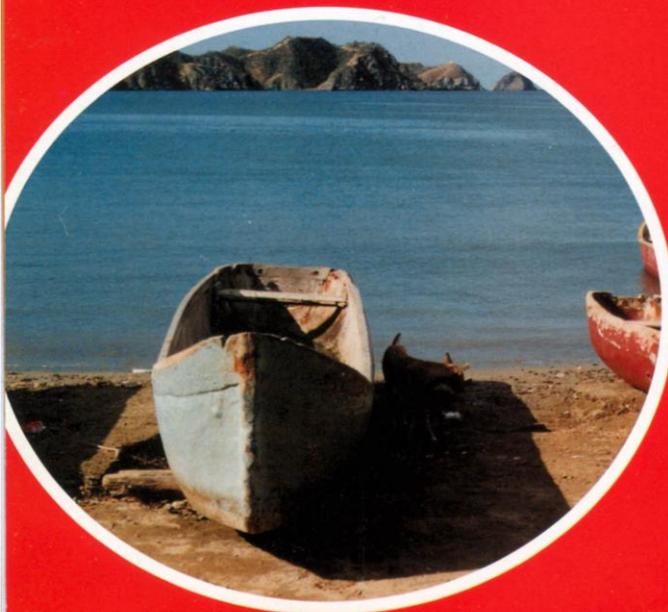


n° 106 diciembre 2004 ISSN 0124-0854



de viaje

crear y recrear



Probar, mirar, oler, degustar, caminar, entender, compartir, disfrutar. Eso hace el viajero: recorrer un camino en el que la curiosidad no se abandona y el asombro es aliado permanente; dejarse encantar por lo conocido que se recrea en otro escenario y por lo desconocido que apenas comienza a comprenderse.

Viajamos a diario, casi sin darnos cuenta, sin descubrir en la rutina pequeños cambios del paisaje; viajamos también como turistas, corriendo de un lado a otro sin detenernos a saborear.

Por eso, la invitación que entre una y otra página trae la Revista Agenda Cultural Alma Mater, es simple: viajar. Viajar por los ríos de las Indias en tiempos del Descubrimiento, viajar en bicicleta o en velero en tiempos recientes, en bus o a pie por pequeños caminos, en chalupa por la extensa Orinoquía o a dedo por toda Suramérica. Viajar a tierras conocidas y reencontrar su encanto, viajar a otras jamás vistas, pero recreadas por los autores con tal maestría que son casi palpables.

En diciembre, la Agenda Cultural ofrece una selección para las vacaciones, ideal para leer en la playa, en la hamaca, en el parque, en la finca, en el avión... en cualquier parte, en todas partes.

La Universidad fomenta espacios para la cultura

Carta Anunciando el descubrimiento

por: Crstobal Colón*

Señor, porque sé que habréis placer de la gran victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje, vos escribo ésta, por la cual sabréis como en 33 días pasé de las islas de Canaria a las Indias con la armada que los ilustrísimos rey y reina nuestros señores me dieron, donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sin número; y de ellas todas he tomado posesión por Sus Altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho. A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador a conmemoración de Su



Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado; los Indios la llaman Guanahaní; a la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción; a la tercera Fernandina; a la cuarta la Isabel a; a la quinta la isla Juana

[Cuba), y así a cada una nombre nuevo. Cuando yo llegué a la Juana, seguí yo la costa de ella al poniente, y la hallé tan grande que pensé que sería tierra firme, la provincia de Catayo. y como no hallé así villas y lugares en

la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales no podía haber habla, porque luego huían todos, andaba yo adelante por el dicho camino, pensando de no errar grandes ciudades o villas; y, al cabo de muchas leguas, visto que no había innovación, y que la costa me llevaba al setentrión, de

adonde mi voluntad era contraria, porque el invierno era ya encarnado, y yo tenía propósito de hacer de él al austro, y también el viento me dio adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y volví atrás hasta un

señalado puerto, de adonde envié dos hombres por la tierra, para saber si había rey o grandes ciudades. Anduvieron tres jornadas, y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gente sin número, mas no cosa de regimiento; por lo cual se volvieron. Yo entendía harto de otros Indios, que ya tenía tomados, como continuamente esta tierra era isla, y así seguí la costa de ella al oriente ciento y siete leguas hasta donde hacía fin. Del cual cabo vi otra isla al oriente, distante de esta diez y ocho leguas, a la cual luego puse nombre la Española y fui allí, y seguí la parte del setentrión, así como de la Juana al oriente, 188 grandes leguas por línea recta; la cual y todas las otras son fertilísimas en demasiado grado, y ésta en extremo. En ella hay



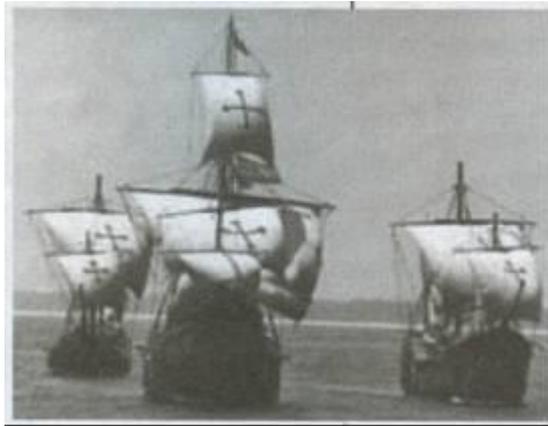
muchos puertos en la costa de la mar, sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y hartos ríos y buenos y grandes, que es maravilla. Las tierras de ella son altas, y en ella muy muchas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de Tenerife; todas hermosísimas, de mil fechoras, y todas andables, y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parece que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja, según lo puedo comprehender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo

en España, y de ellos estaban floridos, de ellos con fruto, y de ellos en otro término, según es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pájaricos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba. Hay palmas de seis o ocho maneras, que es admiración verlas, por la deformidad hermosa de ellas, mas así como los otros árboles y frutos e hierbas. En ella hay pinares a maravilla y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras

de aves, y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales, y hay gente en estimable número. La Española es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas, y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas

suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes, y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos e hierbas hay grandes diferencias de aquellas de la Juana. En ésta hay muchas especierías, y grandes minas de oro y de otros metales. La gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan un solo

lugar con una hoja de hierba o una cofia de algodón que para ellos hacen. Ellos no tienen hierro, ni acero, ni armas, ni son para ello, no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla. No tienen otras armas salvo las armas de las cañas, cuando están con la simiente, a la cual ponen al cabo un palillo agudo; y no osan usar de aquellas; que muchas veces me ha acaecido enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa, para haber habla, y salir a ellos de ellos sin



número; y después que los veían llegar huían, a no aguardar padre a hijo; y esto no porque a ninguno se haya hecho mal, antes, a todo cabo adonde yo haya estado y podido haber fabla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Verdad es que, después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes, convidan la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los corazones, y, quieren sea cosa de valor, quien sea de poco precio, luego por cualquiera cosica, de cualquiera manera que sea que se le dé, por ello se van contentos. Yo defendí que no se

les diesen cosas tan civiles como pedazos de escudillas rotas, y pedazos de vidrio roto, y cabos de agujetas aunque, cuando ellos esto podían llegar, les parecía haber la mejor joya del mundo; que se acertó haber un marinero, por una agujeta, de oro peso de dos castellanos y medio; y otros, de otras cosas que muy menos valían, mucho más; ya por

blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arroba o dos de algodón fila do. Hasta los pedazos de los arcos rotos, de las pipas tomaban, y daban lo que

tenían como bestias; así que me pareció mal, y yo lo defendí, y daba yo graciosas mil cosas buenas, que yo llevaba, porque tomen amor, y allende de esto se hagan cristianos, y se inclinen al amor y servicio de Sus Altezas y de toda la nación castellana, y procuren de ayuntar y nos dar de las cosas que tienen en abundancia, que nos son necesarias. Y no conocían ninguna seta ni idolatría salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo, y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y en tal cata miento me recibían en todo cabo, después de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, y salvo de muy' sutil ingenio y hombres que navegan todas aquellas mares, que es maravilla la buena cuenta que ellos dan que de todo; salvo porque nunca

vieron gente vestida ni semejantes navíos. y luego que llegué a Indias, en la primera isla que hallé tomé por fuerza algunos de ellos, para que deprendiesen y me diesen noticia de lo que había en aquellas partes, así fue que luego entendieron, y nos a ellos, cuando por lengua o señas; y estos han aprovechado mucho. Hoy en día los traigo que siempre están de propósito que vengo del cielo, por mucha conversación que hayan habido conmigo; y éstos eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegaba, y los otros andaban corriendo de casa en casa y a las villas cercanas con voces altas: venid, venid a ver la gente del cielo; así, todos, hombres como mujeres, después de haber el corazón seguro de nos, venían que no quedaac 2 ban grande ni pequeño, y todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor maravilloso. Ellos tienen en todas las islas muy muchas canoas, a manera de fustas de remo, de ellas mayores, de ellas menores; y algunas son mayores que una fusta de diez y ocho bancos. No son tan anchas, porque son de un solo madero; mas una fusta no terná con ellas al remo, porque van que no es cosa de creer. Y con éstas navegan todas aquellas islas que son innumerables, y tratan sus mercaderías. Alguna de estas canoas he visto con 70 y 80 hombres en ella, y cada uno con su remo. En todas estas islas no vi mucha diversidad de la hechura de la gente, ni en las costumbres ni en la lengua; salvo que todos se entienden, que es cosa muy singular para lo que espero que determinaran Sus Altezas para

la conversión de ellos a nuestra santa fe, a la cual son muy dispuestos. Ya dije como yo había andado 107 leguas por la costa de la mar por la derecha línea de occidente a oriente por la isla de Juana, según el cual camí no puedo decir que esta isla es mayor que Inglaterra y Escocia juntas; porque, allende de estas 107 leguas, me quedan de la parte de poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman Avan, adonde nace la gente con cola; las cuales provincias no pueden tener en longura menos de 50 o 60 leguas, según pude entender de estos Indios que yo tengo, los cuales saben todas las islas. Esta otra Española en cierco tiene más que la España toda, desde Calibre, por costa de mar, hasta Fuenterrabía en Viscaya, pues en una cuadra anduve 188 grandes leguas por recta línea de occidente a oriente. Esta es para desear, y vista, para nunca dejar; en la cual, puesto que de todas tenga tomada posesión por Sus Altezas, y todas sean más abastadas de lo que yo sé y puedo decir, y todas las tengo por de Sus Altezas, cual de ellas pueden disponer como y tan cumplidamente como de los reinos de Castilla, en esta Española, en el lugar más conveniente y mejor comarca para las minas del oro y de todo trato así de la tierra firme de aquí como de aquella de allá del Gran Can, adonde habrá gran trato y ganancia, he tomado posesión de una villa grande, a la cual puse nombre la villa de Navidad; y en ella he hecho fuerza y fortaleza, que ya a estas horas estará del todo acabada, y he dejado en ella gente

que abasta para semejante hecho, con armas y artellarías y vituallas por más de un año, y fusta, y maestro de la mar en todas artes para hacer otras, y grande amistad con el rey de aquella tierra, en tanto grado, que se preciaba de me llamar y tener por hermano, y, aunque le mudase la voluntad a ofender esta gente, él ni los suyos no saben que sean armas, y andan desnudos, como ya he dicho, y son los más temerosos que hay en el mundo; así que solamente la gente que allá queda es para destruir toda aquella tierra; yes isla sin peligros de sus personas, sabiéndose regir. En todas estas islas me parece que todos los hombres sean contentos con una mujer, y a su mayoral o rey dan hasta veinte. Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres. Ni he podido entender si tienen bienes propios; que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas. En estas islas hasta aquí no he hallado hombres mostrudos, como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos correndíos, y no se crían adonde hay ímpeto demasiado de los rayos solares; es verdad que el sol tiene allí gran fuerza, puesto que es distante de la línea equinoccial veinte y seis grados. En estas islas, adonde hay montañas grandes, allí tenía fuerza el frío este invierno; mas ellos lo sufren por la costumbre, y con la ayuda de las viandas que comen con especias muchas y muy calientes en demasía. Así que mostruos no he hallado, ni noticia, salvo de una isla

Quaris, la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India, y roban y toman cuanto pueden; ellos no son más disformes que los otros, salvo que tienen costumbre de traer los cabellos largos como mujeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo, por defecto de hierro que no tienen. Son feroces entre estos otros pueblos que son en demasiado grado cobardes, mas yo no los tengo en nada más que a los otros. Estos son aquéllos que tratan con las mujeres de Matinino, que es la primera isla, partiendo de España para las Indias, que se halla en la cual no hay hombre ninguno. Ellas no usan ejercicio femenino, salvo arcos y flechas, como los sobredichos, de cañas, y se arman y cobijan con launes de arambre, de que tienen mucho. Otra isla hay, me aseguran mayor que la Española, en que las personas no tienen ningún cabello. En ésta hay oro sin cuento, y de ésta y de las otras traigo conmigo Indios para testimonio. En conclusión, a hablar de esto solamente que se ha hecho este viaje, que fue así de corrida, pueden ver Sus Altezas que yo les daré oro cuanto hubieren menester, con muy poquita ayuda que Sus Altezas me darán; ahora, especiería y algodón cuanto Sus Altezas mandarán, y almástiga cuanto mandarán cargar, y de la cual hasta hoy no se ha hallado salvo en Grecia en la isla de Xío, y el Señorío la vende como quiere, y ligunáloe

cuanto mandarán cargar, y esclavos cuantos mandarán cargar, y serán de los idólatras; y creo haber hallado ruibarbo y canela, y otras mil cosas de sustancia hallaré, que habrán hallado la gente que yo allá dejo; porque yo no me he detenido ningún cabo, en cuanto el viento me haya dado lugar de navegar; solamente en la villa de Navidad, en cuanto dejé asegurado y bien asentado. Y a la verdad, mucho más hiciera, si los navíos me sirvieran como razón demandaba. Esto es harto y eterno Dios Nuestro Señor, el cual da a todos aquellos que andan su camino victoria de cosas que parecen imposibles; y ésta señaladamente fue la una; porque, aunque de estas tierras hayan hablado o escrito, todo va por conjetura sin allegar de vista, salvo comprendiendo a tanto, los oyentes los más escuchaban y juzgaban más por habla que por poca cosa de ello. Así que, pues Nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros ilustrísimos rey e reina ya sus reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y hacer grandes fiestas, y

dar gracias solemnes a la Santa Trinidad con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, en tornándose tantos pueblos a nuestra santa fe, y después por los bienes temporales; que no solamente la España, mas todos los cristianos ternán aquí refrigerio y ganancia. Esto, según el hecho, así en breve. Fecha en la carabela, sobre las islas de Canaria, a 15 de febrero, año 1493. Hará lo que mandaréis El almirante Después de ésta escrita, y estando en mar de Castilla, salió tanto viento conmigo sul y sueste, que me ha hecho descargar los navíos. Pero corrí aquí en este puerto de Lisboa hoy, que fue la mayor maravilla del mundo, adonde acordé escribir a Sus Altezas. En todas las Indias he siempre hallado los temporales como en mayo; adonde yo fui en 33 días, y volví en 28, salvo que estas tormentas me han detenido 13 días corriendo por este mar. Dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hubo tan mal invierno ni tantas pérdidas de naves. Fecha a 4 días de marzo

Veraneantes

Por Anton Chejov

Veraneantes

Por el andén de cierto punto de veraneo, hacia arriba y hacia abajo, paseaba una parejita de recién casados. Él la sostenía por el talle, ella se ceñía contra él y ambos se sentían felices. La luna, por entre los jirones de nubes, les miraba frunciendo el entrecejo. Con seguridad sentía envidia y enojo por su abrumada y forzada virginidad. El aire inmóvil estaba impregnado de olor a lilas y acacias. Al otro lado de la vía, lanzaba un pájaro agudos sonidos.

- ¡Qué bien se está aquí, Sascha! -decía la recién casada-. ¡Decididamente, podía pensarse que estábamos soñando! ¡Fíjate en el modo acogedor y cariñoso con que nos contemplas ese pequeño bosque! ¡Mira qué simpáticos son estos sólidos y callados postes telegráficos!... Con su presencia, Sascha, dan vida al paisaje y nos hablan de que allá... en alguna parte... existen otras gentes... hay una civilización... ¿Acaso no te gusta sentir cómo llega débilmente a tu oído el ruido de un tren que pasa?

- Sí, pero... ¡qué manos tan calientes tienes! Eso es que te agitas, Varia... ¿Qué tenemos hoy de cena?

- Tenemos *okroschka* (especie de gazpacho) y pollo. Es suficiente un pollo para los dos; y para ti he traído de la ciudad sardinas y pescado ahumado.

La luna, escondiéndose detrás de una nube, hizo un guiño, como si hubiera tomado rapé. Sin duda, el espectáculo de la humana felicidad le recordaba su propia soledad... su lecho solitario tras los montes y los valles...

- ¡Viene un tren! -dijo Varia-. ¡Qué gusto!

En la lejanía surgieron tres ojos de fuego, y el jefe del apeadero salió al andén. Sobre los rieles, de aquí para allá, corrieron las luces de los guardavías.

- Despediremos al tren y nos iremos a casa -dijo Sascha bostezando-. ¡Qué bien vivimos juntos, Varia; tan bien que uno mismo no se lo puede creer!

El oscuro monstruo se arrastró sin ruido hasta el andén y se detuvo. Por las ventanillas de los vagones, medio iluminados, se vieron desfilar rostros soñolientos, sombreros, hombros...

- ¡Mira! -se oyó exclamar desde uno de los vagones-. ¡Es Varia! ¡Y su marido!... ¡Salieron a esperarnos! ¡Aquí están! ¡Vareñka!... ¡Vareñka!... ¡Eh!

Las niñas saltaron del vagón y se colgaron del cuello de Varia. Tras ellas descendieron una

señora gorda, de edad avanzada, y un caballero, alto y delgado, de patillas canosas. Después, dos colegiales cargados de equipaje; detrás, la institutriz, y, por último, la abuela.

- ¡Aquí nos tienes! ¡Aquí nos tienes, amiguito! -empezó a decir el señor de las patillas estrechando la mano de Sascha. Con seguridad lleváis mucho tiempo esperándonos.

¡Cómo si lo viera, estabas ya reprochando a tu tío el que no llegara! ¡Kolia!... ¡Kostia!... ¡Niña!... ¡Fifa!... ¡Hijos!... ¡Abrazad a vuestro primo Sascha!... Hemos venido toda la familia a veros y a pasar tres o cuatro días con vosotros. ¿Espero que no os molestaremos?...

¡Tú, haz el favor de no gastarnos ceremonias!

Ante la llegada del tío y de toda su familia, el matrimonio quedó aterrado. Mientras el primero hablaba y repartía besos, pasó raudo el siguiente cuadro por la imaginación de Sascha: Veíase a sí mismo y a su mujer ofreciendo a los invitados sus tres habitaciones, sus cojines, y sus mantas. Veía el pescado ahumado, las sardinas y el *okroschka* devorados en un segundo...

A los primos, cortando las flores, vertiendo la tinta... A la tía, hablando solamente, el día entero, de sus enfermedades (su solitaria y su dolor de estómago) y de que por su nacimiento era baronesa Fintj... Sascha empezó a mirar con odio a su joven esposa y le murmuró al oído:

- ¡Han venido a verte a tí! ¡Que se vayan al diablo!

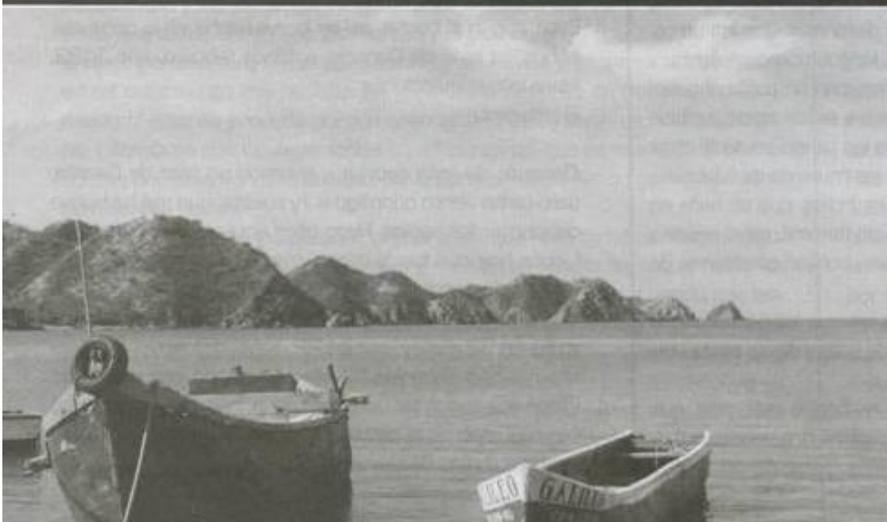
- ¡No!... ¡a tí! -contestaba ella, mirándole a su vez con aborrecimiento y maligna expresión.

- ¡No son mis parientes, sino los tuyos!... -y volviéndose hacia los huéspedes los invitó con la más amable de las sonrisas: ¡Vengan, por favor!...

Por detrás de una nube asomó nuevamente la luna. Parecía sonreír... Parecía agradecerle no tener parientes...

Sascha volvía la cabeza para ocultar a los invitados su desesperado e imitado semblante; pero repetía, haciendo esfuerzos para dar a su voz acentos de alegría y benignidad:

- ¡Vengan, por favor! ... ¡Vengan, por favor... queridos huéspedes!



Las entradas a la tierra de la Canela

Un fragmento de los Mitos y utopías del Descubrimiento, que recrea las famosas crónicas de Indias, con énfasis en aquellas que se refieren a El Dorado

fabulosa, situada a la otra banda de la cordillera, de la que se predicaron todas las riquezas imaginables. La conquista del opulento país donde crecía la canela, intentada ya por los ingas, se convirtió en una de las jornadas más apetecidas por los españoles, una vez que se hicieron dueños de la tierra. A Pizarro, por otra parte, le convenía socavar el

Por Juan Gil

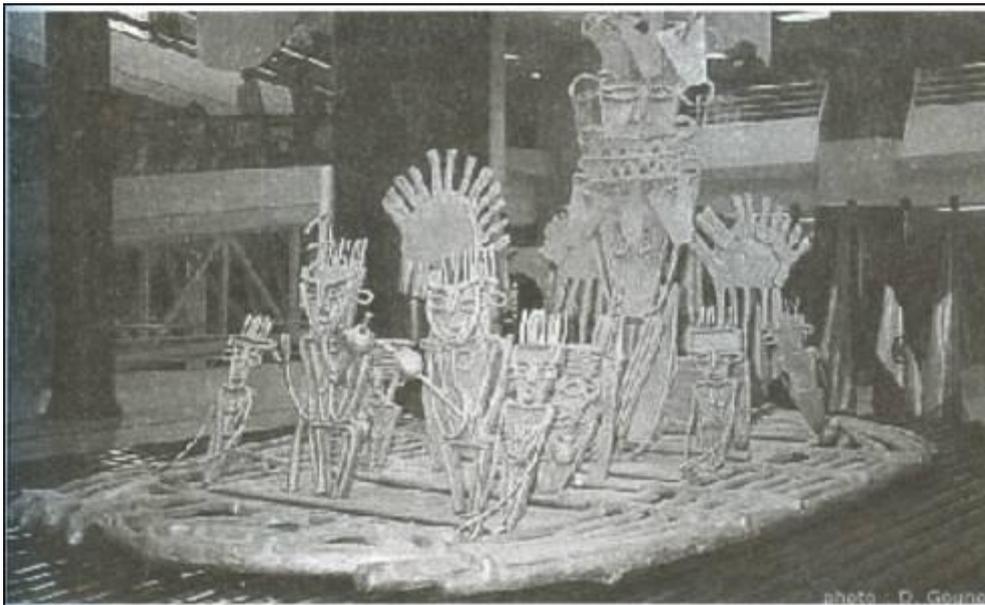


En Quito gozó de gran fama una comarca

prestigio de Belalcázar con un golpe de efecto. Así, en el reparto de entradas, Francisco Pizarro encargó el descubrimiento de la Canela al capitán Gonzalo Díaz de Pineda, que con esta bandera logró alistar un ejército de 120 españoles, entre ellos 45 de a caballo, 30 ballesteros y 10 arcabuceros. La salida tuvo lugar a principios de diciembre de 1538. A 15 leguas de Quito entró Díaz en las montañas colindantes a la provincia de Atunquijo, librando algunos combates en los que salió victorioso de los aguerridos naturales, y se abrió paso trabajosamente hasta la provincia de Cozanga, donde asentó el real. Dejando allí los caballos y la mitad de su gente, realizó con 60 españoles una incursión que duró 27 días, en la que llegó a las orivubcuas de Cybñu y de Guarozta, encontrando un gran volcán (el de Zumaco) a cuyo pie se extendía una población de más de 15.000 indios, cuyo cacique, según le informaron algunos prisioneros, era el que señoreaba la tierra de la Canela; pero más adelante se encontraba el señor de Atunique, todavía más principal, al que rendían tributo numerosos indios. Desde allí regresó por otro camino aún más escarpado que el de la ida al campamento, donde les sobrevino el invierno. Vuelto a Quito a finales de febrero de 1539, Díaz salió en julio siguiente a poblar a Pasto, siempre con la mirada puesta en los Quijos; pero llegó nueva de que Pizarra había encomendado al capitán Jiménez la jornada de la canela, según decía entre otros Antonio de Rojas. Esta noticia descaudilló a sus hombres,

que se dispersaron en todas direcciones. Siguió un período de cierta confusión, provocada por la propia efervescencia descubridora. A Belalcázar lo sacó de Quito la atracción de las riquezas de las tierras transandinas, en este caso de la comarca del Cacique Bogotá. La misma historia se repitió poco después, aunque la entrada tuvo objetivo diferente. Cuando llegó a Quito para hacerse cargo de la ciudad abandonada por Belalcázar, Gonzalo Pizarra se vio desbordado por el entusiasmo canelero. No faltaba quien decía que desde la villa de Timaná a la provincia del Dorado, que se encontraba al parecer en la línea equinoccial, no había sino unas 36 leguas de camino. En suma, tanto hablaban dentro y fuera de Quito, indios y españoles, de la provincia "de la Canela y laguna del Dorado" que en el fatídico 1541 Pizarra se decidió a ir en su busca, con más de 500 hombres de a pie y de a caballo y un verdadero enjambre de indios. Ya a siete

ásperas montañas [el puerto dellnga, de tres leguas de nieve muy pelgradas), por las que se abrieron paso con esfuerzo durante unas 60 leguas hasta llegar a la provincia de Zumaco, donde se tenía noticia de que había una gran población. Pasó Pizarra a continuación con 80 soldados de a pie y sin caballo alguno a la tierra de la Canela [en términos de Ávila), de la que envió muestra el rey, aún sin abrigar ilusiones sobre su posible explotación en el futuro. De allí salió Acapúa y después Aguema, donde encontraron sabanas de dos leguas de largo y un cuarto de ancho. Como el Cacique les informo de que la "buena tierra" se encontraba todavía más abajo, Pizarra envió en avanzada a su maestre de campo, que al cabo de 15 días volvió con la nueva de haber encontrado un río muy grande [el Coca), por cuyas aguas andaban en canoas indios "vestidos y bien tratados". A esta provincia, llamada Omagua, se dirigió todo el real. Vista la belcasi dad de los indios, se



apoderó
Pizarra de
15 canoas
y además
construyó
un
bergantin
para

leguas de Quito comenzó ac 6 la escalada de ampararlas, con intención de salir por el río a

la Mar del Norte si no encontraban tierra a propósito para poblar: Habían caminado ya 70 leguas río abajo y el hambre comenzaba a hacer estragos, cuando el capitán Orellana anunció que, según decan los guías, no habían de encontrar víveres hasta llegar a la confluencia con otro río grande [el Napa), donde a una jornada de camino podrían hacerse de vituallas; así, se ofreció a ir con 60 hombres en descubierta prometiendo regresar en un plazo de 12 días, llevándose, según relató Pizarra no sin exageración, todos los arcabuces, ballestas, municiones y herrajes del real. Partido Orellana, prosiguió la marcha el resto del ejército cayendo en gran desmayo al llegar a la junta de los ríos y ver que no aparecía Orellana. Pizarra tuvo que ir a buscar comida río abajo en canoas, y después retrocedió cruzando el río grande, paso que les costó ocho días. Por fin, a través de ríos, esteras y ciénagas, donde acabaron de comer los últimos caballos, salieron destrozados a Quito, después de haberse internado más de 270 leguas. Apenas hacía nueve días que Orellana y sus hombres, mientras tanto bajaban por la corriente del Napa, cuando el 4 de enero de 1542 tuvo lugar una verdadera farsa, muy semejante en su organización al golpe de mano de Cortés. Ante el escribano Francisco de Isasaga se presentó una turba aparentemente amotinada para que éste con su testimonio diese fe de que, en vista de que era inviable el propósito de Orellana de remontar el río en busca del cuartel general, y dado que los hombres de mar les aseguraban que se

hallaban a 200 y más leguas de distancia de Pizarra, todos ellos, caballeros, hidalgos y sacerdotes requerían una y otra vez a Orellana a que no volviera sobre sus pasos, so pena de ser desobedecido por la tropa. Al día siguiente respondió muy suave e hipócrita Orellana diciendo que, contra su voluntad, estaba dispuesto a seguir otro camino para salvarlos siempre que se esperase al gobernador otros tres meses en el asiento donde estaban: es decir, el tiempo en que el calculador capitán confiaba en tener aprestado otro bergantin. Así realizó Orellana su prodigioso viaje por el río que intentó bautizar con su nombre. Según nos cuenta el dominico Fray Gaspar de Carvajal, ya el cacique Aparia les dio nuevas de que río abajo había amazonas y grandes riquezas; en su señorío les hablaron también de "los amurianos, que en su lengua los llamaban coniapuyara, que quiere decir 'grandes señoras". Esto ocurría en abril; pues bien, en junio los españoles habían tropezado y luchado con las amazonas que "son muy blancas y altas y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios" [Relación que escribió fray Gaspar de Carvajal). Más adelante pudieron hacerse los españoles con más información sobre tales mujeres: habitaban a siete jornadas de la orilla y vivían separadas de los hombres, con los cuales se juntaban únicamente para la procreación de los hijos. Después del parto,

mataban a los varones y criaban con regalo a las hembras. Una gran señora que se llamaba Coñori reinaba entre ellas, que residían en más de 70 ciudades labradas en piedra; en la capital había cinco grandes adoratorios dedicados al sol, llamados caranain. Iban vestidas de ropa de lana muy fina, con el cabello largo hasta el suelo, y ceñían sus cabezas con coronas de oro; y tanta era la riqueza de oro y de plata que el servicio de las nobles no era de otro metal; por lo demás, en su tierra había dos leguas de agua salada. Los ingredientes de la leyenda tienen ascendencia mestiza, pues si bien tiene razón Métraux al considerar que la descripción del reino amazónico viene a corresponder a una relación mítica del imperio Inga, no menos evidente resulta la impronta clásica y ofírica. En efecto, las amazonas, que por más señas son de tez blanca y de elevada estatura, viven ora en una isla, ora en una región cercana a un enorme lago, es decir, el mar; y muy cercana a la provincia amazónica se encuentra la especiería, en este caso la canela; por fin, las mujeres guerreras poseen inmensas riquezas de oro y de plata. Así, pues, no todo era caprichoso disparate en el relato de Drellana y de sus hombres: también las amazonas clásicas viven a orillas del río Termodonte o en una isla, bien en la laguna del Tritón de Libia, bien en la India; en la apócrifa carta del Preste Juan, basada en la historia del Pseudo-Calístenes, como se recordará, se fantaseaba acerca de la isla de las amazonas, que por otras partes tenía 1000 millas y estaba

circundada por un río que carecía de principio y de fin. La conexión de las amazonas con un gran río siguió teniendo muy hondo arraigo en la geografía medieval: el Papa Pío 11, situándolas en Europa, les daba como morada la isla que formaban los brazos del río Edil o Ras (el Valga). Pero también hay otras razones para asociar oro y ríos. En la leyenda que Martín Behaim pone a la desembocadura del Ganges se lee para gran escándalo de E.G. Ravenstein. En el libro del Génesis, se encuentra que la región a través de la cual corre el Ganges se llama Hevilla. Se dice que aquí nace el mejor oro del mundo. En la Sagrada Escritura, en el tercer libro de los reyes, capítulos 9 y 10, está escrito que el rey Salomón envió sus barcos más allá y trajo desde Ofir a Jerusalem este oro y valiosas perlas y piedras preciosas. Esta región de Guilat y Ofir, a través de la que fluye el río Ganges o el agua de Gión, están juntas. Nada menos que la autoridad de la Biblia es invocada para situar en las cercanías de Ofir y el río Ganges siempre que se acepte, claro está, la identificación tradicional entre el Geón y el Ganges. Por tanto, entraba muy adentro de la lógica que se asociara el gigantesco río americano con aquél del que habían hablado los clásicos, fuera éste el Termodonte o el Ganges; en la formación del consabido esquema actúa, pues, como poderoso acicate la visión de un majestuoso caudal acuático que activa los resortes de la imaginación. Como era de esperar, Orellana parte de ideas preconcebidas, pues en aquel

momento todo el mundo estaba convencido de que el fabuloso reino del oro y de las amazonas se encontraban más al Sur del Marañón; en este aspecto Hutten había sido un precursor, como se recordará. Antes, la reina Orocomay, "la cual no se sirve sino de mujeres" dominaba un territorio que se extendía al Suroeste del Neverí; ahora las amazonas quedaban al alcance de los conquistadores río platenses, como sentencia Gonzalo Fernández de Oviedo al historiar la jornada de Orellana: este estado de estas mujeres está ... entre el río Marañón y el río de la Plata, cuyo propio nombre es Paranguazú". Y de nada valían para contrarrestar la común opinión las burlas de Juan de Castellanos o el sano escepticismo del licenciado Tolosa: "en el dicho río del Marañón se tuvo noticia que había amazonas y tierra rica; no se da crédito a ello, por las grandes mentiras que se ha visto que han dicho los dichos indios."

Viajes

Viaje tras viaje ... ¿Adónde fuimos?
Todas las calles son iguales.
La tierra es redonda en la memoria
pero a los pies es dura y plana.

De un verde a otro sólo hay hojas
y vocales que se repiten.
El Tajo, el Sena, el T ámesis
tienen las mismas lágrimas.

Hay tantos sellos en mi pasaporte,
rectos, oblongos, triangulares.
Busqué otro tiempo para mí en el mundo
y sólo hallé otro espacio.

¿A qué viajar si ya sabíamos
que éramos hombres sin ciudades?
Tuvo razón siempre la piedra,
nuestra maestra amarga.

Aviones, barcos, trenes ... Para otros!
Adiós, turistas sonámbulos.
Que el tranvía de Lisboa venda mi sombra
por montes y caminos ... Ya no parto.

Eugenio Montejo
(Poema tomado de Alfabeto del mundo)

Ítaca

Cuando salgas en el viaje, hacia Ítaca
desea que el camino sea largo,
pleno de aventuras,
pleno de conocimientos.
A los Lestrigones y a los Cíclopes,
al irritado Poseidón no temas,
tales cosas en tu ruta nunca hallarás,
si elevado se mantiene tu pensamiento,
si una selecta emoción tu espíritu
y tu cuerpo embarga.

A los Lestrigones y a los Cíclopes,
y al feroz Poseidón no encontrarás,
si dentro de tu alma no los llevas,
si tu alma no los yergue delante de ti.
Desea que el camino sea largo.
Que sean muchas las mañanas estivales
en que con cuánta dicha,
con cuánta alegría

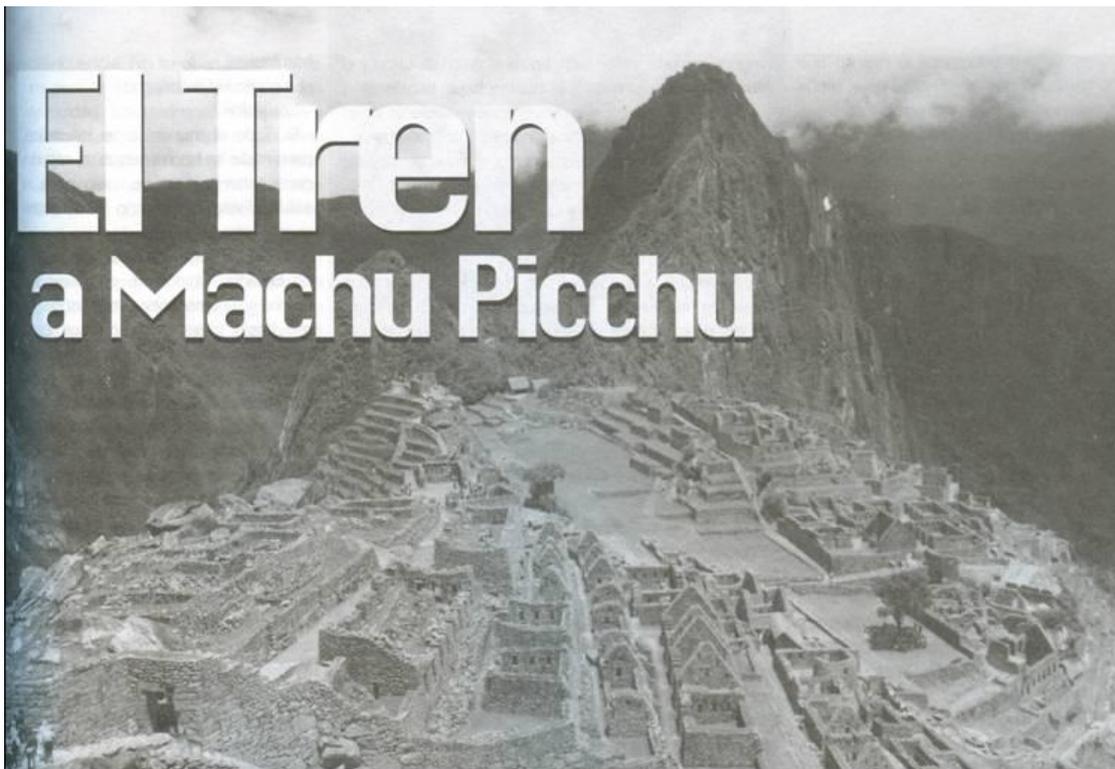
entres a puertos nunca vistos:
detente en mercados fenicios,
y adquiere las bellas mercancías,
ámbares y ébanos, marfiles y corales,
y perfumes voluptuosos de toda clase,
cuanto más abundantes puedas perfumes
voluptuosos;

anda a muchas ciudades Egipcias
a aprender y aprender de los sabios.
Siempre en tu pensamiento ten a Ítaca.
Llegar hasta allí es tu destino.
Pero no apures tu viaje en absoluto.
Mejor que muchos años dure:
y viejo ya ancles en la isla,
rico con cuanto ganaste en el camino,
sin esperar que riquezas te dé Ítaca.
Ítaca te dio el bello viaje.

Sin ella no hubieras salido al camino.
Otras cosas no tiene ya que darte.
Y si pobre la encuentras, Ítaca no te ha
engañado.

Sabio así como llegaste a ser, con experiencia
tanta,
ya habrás comprendido las Ítacas
que es lo que significan.

Constantino Cavafis



Ese tren era un trozo de vida en medio de la cadavérica tierra; era el actor, el espectáculo dispuesto a ser observado en esa parálisis del hombre y la naturaleza. Y cuando pienso en el modo en que se tendió la vía férrea a través de esos páramos sin agua y esas guaridas de tribus salvajes ... en el modo en que a cada etapa de la construcción, rugiendo, las ciudades improvisadas, llenas de oro, lujuria y muerte, brotaron y luego murieron, y eran ya simples estaciones perdidas en el desierto; en el modo en que en esos toscos lugares coletudos piratas chinos trabajaron codo con codo junto a rufianes de frontera y europeos desesperados, hablando entre ellos en un dialecto hecho de mezclas, de juramentos sobre todo, bebiendo, peleándose y matándose como lobos; en el modo en que el empenachado lord hereditario de toda

América oyó, en esa última constancia, el grito del aciago vagón transportando a sus enemigos; y cuando recuerdo además que todo ese épico torbellino fue dirigido por caballeros con levita y la perspectiva de nada más extraordinario que una fortuna y la consiguiente visita a París, me parece, lo reconozco, como si este ferrocarril fuera el logro prototípico de la era en la que vivimos, como si uniera en una trama todos los anhelos del mundo y toda la gama de categorías sociales, y ofreciera a algún gran escritor el tema más bullicioso, amplio y variado para una obra literaria duradera. Ya sea aventura, ya sea contraste, ya sea heroísmo lo que pedimos, ¿qué fue la ciudad de Troya comparado con esto?

Robert Louis Stevenson, El emigrante aficionado

Fragmentos de uno de los relatos de El viejo expreso de la Patagonia, un viaje en tren por las Américas que da cuenta del recorrido del autor desde Cuzco hasta Machu Picchu

Perú es el país más pobre de Suramérica. Es también el más visitado por los turistas. Los dos hechos están relacionados; incluso el turista más corto de luces es capaz de contar en español -le cuesta especialmente poco pronunciar los números bajos y sabe que las gigantescas ruinas peruanas y su gastada divisa son una ganga. El estudiante que había conocido en Huancayo tenía razón: había

Tenían el horario en el hotel: «i4.D0: Llamada despertador! i4.45: Maletas en el pasillo! i5.DO: Desayuno! i5.30: Encuentro en el vestíbulo!» A las ocho de la mañana, algunos hombres todavía con crema de afeitar en las orejas, llegaron a Cuzco y, felicitándose de lo barato que era el lugar, se abrieron paso entre los indios (que llevaban cacharros de estaño, grasientos fardos de comida y lámparas, prácticamente lo mismo que llevaban en el tren) hasta un autobús que los esperaba. No son conscientes de que, casi de forma axiomática, los viajes aéreos han impuesto turistas a los países más apollados del mundo: el turismo, nunca buscado con tanta energía como en las sociedades estáticas, suele consistir en el rico móvil realizando una



algunos indios quechua en el avión a Cuzco, pero los demás eran todos turistas. Habían llegado a Lima el día anterior y habían recorrido la ciudad como una exhalación.

visita torpe y ciega al pobre inerte. La observación con su amplia mirada estudia a los hombres, desde China a Perú; anota todos los esfuerzos, todos los conflictos, y mira las

ajetreadas escenas de la vida apresurada. El resultado es con frecuencia el enloquecimiento por ambas partes. Los visitantes llevaban tarjetas: «Samba South America»; en ellas estaban escritos los nombres. A esa hora temprana en el enrarecido aire gris y la llovizna de las alturas, las ojerosas casas no encajaban con los caracoleantes nombres: Hildy Wicker, Bert y Elvera Howie, Charles P. Clapp, Morrie Upbraid, los Prell, los Goodchuck, Bernie Khoosh, los Avatarian, Jack Hammerman, Nick y Lurlee Poznan, Harold y Winnie Casey, los Lewgard, Wally Clemons y la anciana Merry Mackworth. Tenían cierta edad; lucían jorobas, aparatos ortopédicos, patas de palo, dos caminaban con muletas resultaba sorprendente ver ese espectáculo en medio de los Andes-, y 10 ninguno parecía estar bien. Entre el calor de Lima y el frío de allí, los retrasos y el subir; y bajar escaleras -y todavía tenían que escalar las verticales escaleras incas «No sé qué es peor, si subir o bajar». Lo estaban pasando mal. Eran dignos de admiración, porque al cabo de dos días estarían en el mismo avión volviendo a Lima, despertándose de nuevo a las cuatro de la mañana y llegando el mismo día a otro lugar espantoso como Guayaquil o Cali. La llegada a Cuzco hizo que me sintiera débil y me encontré mucho peor después de almorzar. Sin embargo, decidí no ceder al mal de las alturas. Sintiéndome un poco mal, una combinación de náusea y mareo, salí a recorrer la ciudad. El lugar tenía un aspecto

marrón oscuro de aislamiento, y aún quedaban gente por qué eran los indios tan aficionados a



señales del terremoto ocurrido treinta años atrás. Prácticamente los únicos edificios que no se derrumbaron fueron los fuertes y los templos incas de la periferia, que son indestructibles. En cada esquina había indios vendiendo jerséis de alpaca, alfombras, ponchos y gorros tejidos. Los indios parecen tener una base ancha, como piezas de ajedrez, sobre todo las mujeres, que llevan tres faldas, una encima de otra, y gruesos calcetines hasta las rodillas. Son bajos y fornidos y uno pensaría, al verlos, que es imposible hacerlos caer. Van bien abrigados porque son expertos tejedores y consiguen la materia prima -la lana de alpacade sus animales domésticos. Sólo el sombrero no está tejido; rara vez ve uno un indio sin sombrero, por lo general, de fieltro sin curtir. A lo largo de las últimas semanas me habla dedicado a preguntar a la

esos sombreros; las explicaciones no eran ni ingeniosas ni interesantes, y ninguna daba cuenta de por qué tenían tanto éxito los sombreros europeos. Oí a dos turistas comentar el tema en Cuzco. Sigo sin entender lo de estos sombreros -¿lija el primer hombre. Es como los sellos, ¿no? -¿Los sellos? Sí. Todo el mundo lame los sellos, pero nadie ha hecho nunca un estudio para saber si eso es malo para la salud. Pasa lo mismo con estos sombreros. Por primera vez desde mi salida de Estados Unidos en ese viaje sin rumbo vi a otros viajeros sin rumbo. Yo me hacía pasar por profesor, ellos decían ser estudiantes. Ser estudiante tenía ventajas: billetes, tarifas, hostales, entradas. Unos velludos bufones de mediana edad se quejaban en los mostradores de los billetes y gritaban: «¡Oí9a, que soy estudiante! ¡Venga

ya! ¡No cree que soy un estudiante! ¡Eh!» Eran turistas de tarifa reducida, haraganes, vagabundos, gorriones, que habían acudido a ese pobre lugar porque querían ahorrar dinero. Su conversación era predecible y giraba exclusivamente en torno a los precios, el cambio de la moneda, el hotel más barato, el autobús más barato, cómo alguien «¿Era gringo?») había conseguido una comida por quince centavos o un jersey de alpaca por un dólar o dormido con indios armara en un atrasado poblado. Eran estadounidenses, pero también había holandeses, alemanes, franceses, británicos y escandinavos; hablaban el mismo idioma, siempre dinero. Y siempre fanfarroneaban del tiempo que llevaban allí, en los Andes peruanos, resistiendo al sistema. Para un indio que vende chicles (venden chicles o jerséis) semejantes viajeros llegaban a ser desmoralizantes. El desempleo era muy elevado en Perú, los puestos de trabajo escaseaban, las calles estaban llenas de mendigos y personas sin hogar. ¿Cómo explicar entonces esos miles de extranjeros vestidos con ponchos que deambulaban por ahí y vivían bien sin recursos visibles? Los turistas resultaban fáciles de entender; llegaban, se iban, no armaban jaleo. Sin embargo, los mochileros constituían motivo de alarma y desaliento. Tenían diversos efectos en Perú. Ante todo, mantenían baja la tasa de delincuencia. No llevaban mucho dinero, pero lo que tenían lo protegían con ferocidad. Los ladrones callejeros y carteristas peruanos que cometían el error de

intentar robar a uno de esos viajeros siempre salían mal parados de la pelea que de modo inevitable se producía. Más de una vez en Cuzco y sus alrededores oí el grito y vi a un holandés hecho un basilisco o a un estadounidense fuera de sí agarrando a un peruano por el cuello. El error que cometían los peruanos era pensar que esa gente eran viajeros solitarios; en realidad, eran como miembros de una tribu: tenían amigos que acudían al rescate. A mí no era difícil robarme, ni asaltar a Merry Mackworth; pero el barbudo patán con poncho encima de la camiseta «California es de quienes aman», mochila y billete de vuelta a Lima en autobús, eso era una historia completamente diferente; se trataba de un tipo duro, no le asustaba devolver el golpe. También hacían que los precios se mantuvieran bajos. No daban propinas ni compraban nada que fuera muy caro. Regateaban en los mercados como los propios peruanos, compraban tomates o fruta al precio normal y no pagaban un centavo más de lo que tenían que pagar. Su sola presencia en un lugar indicaba que había comida y alojamientos baratos: se mantenían en un barrio de Lima, no pisaban Huancayo, eran numerosos en Cuzco. El turista paga cualquier precio si se ve obligado a ello: no tiene planes de quedarse mucho. Estos otros viajeros eran tacaños inquebrantables; no tenían un marcado efecto sobre Perú, era evidente que no lo mejoraban, aunque quizá era mejor eso que un torpe intento de colonización por medio de hoteles caros. El argumento de que

los hoteles de cinco estrellas benefician a un país porque producen empleo es estúpido e inclusive subversivo: convierte a los ciudadanos nacionales en camareros y fregonas, nada más. A los mochileros les atraen mucho las ruinas. Se trataba, para muchos de ellos, de la justificación de Cuzco. Me pregunté qué tenían las ruinas para atraerlos tanto. No eran arqueólogos y, a pesar de las protestas, tampoco eran estudiantes. A partir de sus conversaciones, llegué a la conclusión de que sentían cierta afinidad espiritual con los incas adoradores del sol y una especie de afinidad social -que era casi puro fingimiento con los indios. Los indios hacían cestas, vasijas y tejían ropa; éstos eran los entusiasmos, reales o imaginados, de sus amigos sinceros. No sólo no iban a misa - todos los indios iban-, sino que no visitaban los conventos, los claustros ni las capillas. Los claustros resultaban a veces interesantes. Además de las pinturas y las estatuas había instrumentos de flagelación, látigos, varas de hierro, azotes, pulseras de espinas y bandas de acero para la cabeza que habían llevado las santas Catalina y Rosa de Lima en sus dolorosos y sangrientos ejercicios de mortificación (la banda se apretaba hasta sangrar). Sin embargo, los gorriones y los duros y barbudos estudiantes no visitaban los claustros. Preferían caminar diez mareantes kilómetros para ver la fortaleza de Sacsahuamán -un fortín construido imitando las fauces de un puma-, el anfiteatro de Qengo con sus oscuros altares interiores

«Extravagante») o el burbujeante manantial del santuario de Tambo Machay, situado mucho más lejos. Los turistas iban en autobús; esa otra gente seguía el camino inca, una escarpada senda entre montañas al norte de Cuzco. No acudían a reflexionar sobre los españoles, sino a vivir entre los restos de los incas. Para ellos sigue siendo una ciudad inca. La plaza de Armas no es el emplazamiento de dos magníficas iglesias, sino el lugar en que, durante el mes del «transporte de cadáveres» los incas exhibían a las momias que sacaban del templo del Sol. No sirve de nada señalar que en la plaza ya no hay ningún templo del Sol, porque las piedras sí que están: incorporadas a la iglesia de Santo Domingo. Todo edificio español fue antes un edificio inca, los caminos eran senderos incas, las grandes casas, palacios incas. (...) Todos los días de entre semana las campanas de las iglesias de Cuzco suenan a las cuatro de la mañana. Tocan de nuevo a las cuatro y cuarto y a las cuatro y media. Como hay tantas iglesias y el valle está encajado entre montañas, el tañido, entre las cuatro y las cinco de la mañana, tiene un sonido festivo. Uman a misa a todo el mundo, pero sólo responden los indios. Acuden en masa a la catedral para la misa de las cinco y justo antes de las seis se abren al frío y nublado amanecer entre montañas las grandes puertas de la catedral y cientos de indios invaden la plaza, tan numerosos con sus ponchos rojo brillante que el efecto visual es que va a empezar una fiesta. Parecen felices; han cumplido con un

sacramento. Todos los católicos salen alegres de misa y, aunque esos indios son habitualmente adustos -tienen caras fruncidas-, a esa hora temprana tras la misa, la mayoría sonrío. Los turistas se despiertan con los indios, pero los turistas se dirigen a la estación de Santa Ana para tomar el ac 11

tren hacia Machu Picchu. Van cargados con almuerzos preparados, sombrillas, impermeables y cámaras. Están enfadados, y tienen motivos para estarlo. Les han dicho que si estaban a las seis en la estación, conseguirían plaza en el tren de las siete. Sin embargo, eran ya las siete y las puertas de la estación no se habían abierto. Había empezado a lloviznar y los turistas congregados ascendían a doscientos o más. No hay orden en la estación. Los turistas lo saben y no lo soportan. Los despertaron temprano el día anterior para tomar el vuelo de Cuzco y se encontraron con un gentío en el aeropuerto. Los han despertado temprano para tomar el tren a Machu Picchu, y el gentío es peor. No empujan. Permanecen en pie en el gris amanecer, aferrados a sus almuerzos y murmurando. La mayoría está en una gira de veinte días por Suramérica; han pasado mucho tiempo de ese modo, esperando que suceda algo, y no les gusta nada. No quieren quejarse porque saben que los estadounidenses tienen fama de protestar siempre. Pero están enfadados. Me quedo entre el gentío y espero la oportunidad de decir: «Esto es increíble.» [...) Delante, tras una negra puerta de cumbres, se abría un valle grande y plano, lleno de luz;

los pájaros se inclinaban en el cielo y los salientes de roca como diacríticos sobre vocales, y había vetas verdes, matas aplastadas por el viento, en las escarpadas montañas situadas más allá. En el centro del valle, junto a fucsias y orquídeas blancas, fluía un turbulento río marrón. Era el Vilcanota, que se dirige al norte hacia Machu Picchu, donde se convierte en el Urubamba y continúa hacia el noreste para unirse a un afluente del Amazonas. El río discurría desde Sicuani, dejaba atrás los glaciares de la desmoronada ciudad de Písaq y ahí, donde estaba silbando nuestro tren, había formado el Valle Sagrado de los incas. La forma de ese valle -tan plano, verde y oculto en un lugar tan imponente había atraído a los incas. Muchos lo habitaban ya antes de que los españoles entraran en Cuzco, y hasta ahí huyeron otros, manteniendo combates de retaguardia, una vez hubo caído Cuzco. El valle se convirtió en una plaza fuerte inca, y mucho después de que los españoles consideraran que habían borrado o sometido a ese piadoso y civilizadísimo imperio, los incas siguieron viviendo en los refugios de esos desfiladeros. En 1570, un par de misioneros agustinos -los frailes Marcos y Diegocruzaron con fe fanática las montañas y llegaron hasta el valle. Los frailes dirigían una variopinta banda de indios conversos que portaban antorchas e incendiaron los santuarios en los que los incas seguían celebrando sus ritos. Su triunfo se produjo en Chuquipaltra, cerca de Vitcos, donde para mayor gloria de Dios [el demonio se había

aparecido en aquel lugar, según decían los incas) lanzaron sus antorchas a la Casa del Sol. A lo largo del río se establecieron algunas misiones [Marcos acabó sufriendo un espantoso martirio), pero más adelante, donde las montañas apenas se distinguían del cielo. Las ruinas no volvieron a ser holladas. Los valles siguieron durmiendo. Nadie penetró en ellos hasta 1911, cuando un hombre de Yale, Hiram Bingham, con las palabras del «Explorador» de Kipling resonando en la cabeza «<Algo oculto. Ve y encuéntralo. Ve y busca tras las montañas ... / Algo perdido tras las montañas. Perdido y esperándote. ¡Ve!>»), encontró en lo alto de una montaña la inmensa ciudad que llamó Machu Picchu. Creyó haber encontrado la ciudad perdida de los incas, pero John Hemming sostiene en su *En busca de El Dorado* que un lugar aún más remoto en dirección oeste, Espíritu Pampa, tiene más derecho a ese apelativo. Parte del genio inca consistía en saber esconderse en valles ocultos, tras desprendimientos de rocas y al final de escarpadas sendas que se perdían tras las montañas. Su avanzado dominio de la mampostería les permitió construir postas y fortalezas seguras en esas almenas naturales. A los pocos kilómetros de entrar en el valle Vilcanota llegamos a Ollantaytambo; y, de no haber hecho una visita separada a ese lugar, no me habría dado cuenta de la perfección de su emplazamiento, del modo en que las terrazas y los muros de los templos no se veían hasta que uno estaba encima de ellos. Estaban todos ocultos de las vías del tren y el

río, y lo que ves y crees que son asentamientos son torres de vigilancia incas, decenas de metros más arriba, casitas de gruesas paredes en los riscos que ayudaban a los asediados guerreros a descubrir los ataques españoles. Ollantaytambo supuso una victoria; más de cuatrocientos años atrás, un regimiento de soldados españoles dirigidos por Hernando Pizarra atacó esa ciudad y fueron derrotados. «Cuando llegamos a Tambo -escribió un español- encontramos tan bien fortificada que fue una visión espantosa» La batalla fue sangrienta, y los españoles resultaron vencidos por honderos incas, arqueros amazónicos e incas armados con cascos y rodela arrebataados al enemigo. Las simetrías incas tienen una elegante magnificencia bíblica: tras esos muros hay jardines colgantes coronados por megalitos de veinte toneladas sacados de canteras situadas a varios kilómetros de distancia y acarreados hasta esa cumbre. No era específica mente una fortaleza; primero había sido un jardín real. [...) Había un arco iris sobre el Urubamba. Los incas eran el único pueblo de la tierra, por lo que sabemos, que adoraba al arco iris. Y en ese momento estábamos cerca de lo que Hiram Bingham llamó «la última capital inca». El tren se detuvo. Machu Picchu estaba encima de nosotros, oculto tras los precipicios y afloramientos de roca. Los turistas seguían charlado. Le había contado tontamente a Herb Howie que en mi hotel había un Victrola y que había puesto Shanghai Lit. Bert dijo que Ben Bernie había sido un chico de Chicago, y

empezó a recordar sus difíciles inicios. Muy por encima de la cotorreante cabeza de Bert, los engalanados sacerdotes del sol se habían plantando cara al este en esa escarpadura todos los amaneceres y, cuando el astro empezaba a brillar sobre los Andes, los sacerdotes extendían los brazos hacia él y [según escribió el padre Calancha en 1639) «le enviaban besos, una ceremonia de profundísima sumisión y reverencia». Sin embargo, no habíamos avanzado mucho; estábamos cerca del río, turbulento y oscuro,

porque refleja el esponjoso follaje de la saliente roca, no el cielo. «El agua parece negra e intimidante -dice Bingham-, incluso para un yanqui nada supersticioso.» Proseguimos nuestro ascenso a la escarpadura. Los turistas charlaban, deteniéndose sólo para respirar; la charla se convirtió en queja. No fue hasta el último momento, en la cima del monte, cuando apareció toda la ciudad. Se extendía por la cumbre, como un inmenso esqueleto roto rebañado por los cóndores. Por una vez, los turistas se quedaron callados.

Por Ignacio Piedrahita

He aquí la historia de un viajero que merecería ser famoso. Después de que la modernización de los medios de transporte y la creación del turismo le valieron al viaje su crisis definitiva, sólo algunos viajeros logran hacer de su travesía una hazaña. Este pequeño héroe decidió crear su leyenda imponiéndose como medio de transporte una bicicleta y como recorrido el embudo entero de Suramérica. Las condiciones de la carretera le impidieron las circunstancias restantes, incluyendo el robo de la bicicleta cuando apenas iba pasando por Jardines Montesacro.

A la entrada del cementerio, nuestro Odisea le gritaba a los ladrones que en la mente llevaba impresas ya las montañas de los Andes y las planicies ventisqueras del sur del continente. Aunque hubiera podido enterrar allí mismo la ilusión de su viaje, he sabido que el ímpetu del viajero por conocer lo desconocido no depende de las monedas que llenen su bolsa. Cuando se ha reunido la fuerza interior necesaria para partir es forzoso hacerlo.

Nuestro héroe habló con quien pudo y le ofrecieron hasta una bicicleta de carreras que había usado el legendario Sean Nelly. Semanas más tarde partió de nuevo de su original Rionegro, hizo otra vez el descenso a Medellín y tomó por una carrera cualquiera rumbo a Ushuaia, en el verdadero sur del sur. Una moto se le acercó temeraria y estuvo a punto de paralizarlo del susto, pero no podían robarle dos veces en la primera etapa. Mientras giraba su cabeza temeroso, una atrevida morena levantaba la mano y le daba una palmada que lo impulsó por nueve meses en una vuelta de quince mil kilómetros en bici y diez mil en vehículos de todo tipo.

Se hizo invitar a más de cien dormidas y cerca de doscientas comidas; su mejor aliado fue el cansancio, que le permitía caer dormido en añejas quintas vinícolas chilenas igual que en un fétido corral de

chivos en Perú, o en casas de familias humildes, gasolineras, estaciones de bomberos, conventos, y hasta las desoladas cumbres incaicas, donde se apretaba las sienes con sus manos, muerto del susto, a merced de temores que desconocía en la carretera.

Experimentó la solidaridad que brindan las gentes al viajero. Mientras rodaba por las calles de alguna ciudad o pueblo, muchos se acercaron sin razón diferente a la de contagiarse de su aventura; querían invitarlo a su casa a tomar una cena y ofrecerle una cama, pues los hombres se portan como si intuyeran la permanente posibilidad de su propio éxodo.

Anduvo, a más de la bici, en camión, en bus, en carro, a pie contra el viento que no lo dejaba pedalear. Tantos fueron los kilómetros y las tierras desconocidas que lo vieron pasar; que algunos quisieron llevarlo a la tumba celebrando su eternidad: una señora paraguaya que lo había visto en la carretera escuchó acerca de un ciclista muerto, y no concedió ella otra posibilidad que la caída del colombiano. Voló el rumor; y en la alcaldía de Rionegro se decretó minuto de silencio, que fue interrumpido por la llamada del difunto para alegrar; a la manera de Twain, la exageración de semejante noticia.

No me extraña haber sabido de su travesía precisamente en la carretera, cuando recogí un chico que hacía dedo en Llanogrande y hablando me contó de un tal Martín Roldán que había dado la vuelta a Suramérica en bicicleta.

En la región lo conoce la gente, muestra las fotos a quien quiera y cuenta la crónica de su viaje. En las imágenes se ve su bicicleta llena de banderitas como si fuera un penacho; en el desierto de Chile se le ve entre la vastedad; al borde de los dos océanos se observa su ataviado velocípedo; con los brazos abiertos y una camiseta amarilla que dice Alcaldía de Supía; posa recordado contra la magnífica visión de las cataratas de Iguazú.



Carta desde la carretera



Viajes por las regiones ecuatoriales

*Un trozo de uno de los
recorridos por las regiones
ecuatoriales de América del
Sur en 1832*

(...) La fatiga del primer día de viaje nos hizo creer ciegamente que íbamos a disfrutar de un buen descanso, para el cual nos preparamos extendiendo nuestros colchones muy temprano. Pero, ¡hey!, cuán anticipados estuvimos. Tan pronto como me acosté y apagué la lámpara (que consistía en un pedazo de algodón pegado a un extremo de un vaso que contenía grasa compacta), una sensación intolerable de escozor me invadió las manos y el rostro; la irritación aumentaba a cada

momento y se parecía a la producida por la ortiga. En un primer momento pensé que los mosquitos me habían venido a visitar, pero su peculiar zumbido no se dejaba oír de ninguna manera. Entonces deduje que era el efecto de una insolación, e intenté olvidarlo tratando de

dormir, pero sin éxito ya que por la mañana me hallaba con una fiebre altísima y muerto de sed.



Afortunadamente, antes de irme a la cama, había visto un cántaro lleno de agua, el cual lo llevé a mi cabecera y saciando la sed a grandes tragos logré quedarme dormido, aunque sólo por un momento ya que me despertaba con la misma sed y más cansancio que antes. Con la luz del día me vi el rostro y descubrí que estaba lleno de manchas rojas. La gente me dijo que se debía a las picaduras de la manta blanca, un mosquito tan diminuto que tranquilamente puede pasar por una mosquitera de cendal tosco. Todas las personas de la casa habían dormido dentro de cortinas de algodón cerradas. Los mosquitos son un disparate comparados con estos pequeños monstruos. A las siete de la mañana nos pusimos en camino nuevamente, complacidos incluso al caminar lenta y penosamente por los horribles caminos que ahora encontrábamos porque habíamos dejado atrás los atormentadores mosquitos, cuyas marcas de mojarse tanto como les sea posible. El entumecimiento causado por la dura cabalgata del día se incrementa si uno se ha mojado durante la marcha. Las botas de húsar altas bien embadurnadas con aceite son una excelente protección para los pies y las piernas tanto contra la humedad como contra las rocas y las zarzas. Ahora el camino ascendía rápidamente, corriendo aún a la par del curso del río, bordeando por un momento la ladera de una colina, a doscientos o trescientos pies sobre el lecho, o bajando casi a nivel del no. En la orilla del río hallamos abundante guayaba silvestre .. Seguimos muy

lentamente a través de bosques gigantes, con raíces de árboles, rocas, y fangos profundos obstaculizando la marcha. Al cruzar los torrentes montañosos ocurre no pocas veces que una bestia de carga es llevada por la corriente, en donde, sin emuargo, pocas son las veces que se pierde. Un accidente de este tipo estuvo a punto de ocurrir en nuestro segundo cruce. Pero nuestro arriero, con extraordinaria diligencia y destreza se metió al agua y alcanzó una pequeña roca abajo del animal, con la cual pudo llegar a la orilla En uno de los vados más peligrosos, en donde la corriente parecía haber forzado su ruta entre dos colinas que escatimaban espacio para cruzar, encontramos a un gran número de indios pasando la corriente con sus mulas, asnos y bueyes cargados. La corriente, salía negra y apresurada de este angosto paso, con la sombra de árboles anchos e inclinados, ensanchándose más abajo e irrumpiendo en espuma por el choque con las miles de piedras que encontraba a su paso, como si sacudiera sus aguas indignada por el confinamiento temporal que había sufrido; los montañeros de aspecto salvaje, con sus trenzas negras y largas, con sus anchos sombreros, sus sandalias de cuero, picaduras permanecieron durante tres o cuatro días. No habíamos avanzado mucho cuando el camino de una inclinación casi nula se trocó por un suave ascenso de piedra; y el río, cuyo curso normal habíamos estado siguiendo, se volvió de una corriente no muy rápida y silente a un torrente montañoso y veloz que rugía. Este es el Río

Caracol y tiene un curso que va casi de oeste a este, que era la dirección que ahora seguíamos. Nuestro arriero un mestizo inteligente, fuerte y corpulento, nos informó que el camino seguía alternativamente por cada margen del río y que debíamos cruzar el agua muchas veces durante nuestra marcha. Entonces tuvimos que iniciar el primer intento, que debo confesar me parecía muy peligroso. Bajamos al lecho del torrente, gran parte del cual estaba seco en esta época del año; el lecho estaba lleno de piedras movedizas de forma redonda, desde arena hasta piedras de algunas toneladas de peso, desgastadas por el constante correr del agua durante el invierno, estación en la cual este torrente se vuelve intransitable y los viajeros tienen que tomar otro camino. Incluso ahora, la rápida, profunda, aunque angosta corriente que ocupaba cerca de un tercio del lecho que ocupa en invierno representaba para mí un obstáculo formidable para nuestro avance. Hasta nuestro arriero vaciló por un momento y buscó varios lugares por los que era más fácil cruzar. Finalmente eligió cierto lugar para pasar. Afortunadamente nuestros animales eran muy fuertes y llegamos a la otra orilla sanos y salvos, aunque el agua era tan profunda que tuve que sentarme en la parte superior de la silla con los pies levantados para evitar mojarme. A este respecto debo aconsejar a todos los que viajen a estas regiones, especialmente si vienen de climas templados, evitar sus largas férulas, sus agudos gritos de ánimo que se mezclan con

los mujidos de los bueyes temerosos de pasar la corriente; en fin, todo se fundía para formar una imagen pintoresca que sobrepasa cualquier descripción y que recompensó ampliamente la demora ocasionada. Después de haber cruzado el río por cinco ocasiones, llegamos a un pueblecillo indígena situado al pie de la Cuesta de Ancas, llamada así por su forma. Nuestro arriero nos señaló a una altura considerable de la ladera de la montaña una choza que sería nuestro albergue durante la noche. La choza tenía un aspecto muy parecido al de un nido de pájaro; y pensé que por su posición un fuerte viento la precipitaría al valle de abajo. Compramos algunas papas para la cena en una de las chozas indígenas, y empezamos el penoso ascenso, llegando a nuestros aposentos a las cuatro de la tarde aproximadamente. La casa se parecía realmente más a un nido de cuervos construido en una pendiente de la montaña que a una vivienda humana, lo cual justificó la opinión que tuve cuando la observé desde abajo del valle. Habíamos subido por una cresta de montaña con una quebrada profunda a cada lado; el lugar sobre el que se hallaba la casa tenía apenas unos quince pasos de ancho, y la colina tenía precipicios a cada lado, con un torrente que rugía en el fondo. La anciana de la choza nos recibió de muy mala gana, tal vez porque se debió a que había escuchado que mi compañero era un militar; seguramente creyó que era un oficial colombiano, y no debemos olvidar que estos caballeros no son los mejores compañeros de viaje. A nuestros

pedidos de "¿puede vendernos unos huevos?", la mujer nos contestaba, "No hay"; ¿tiene un pollo?, "No hay"; ¿alfalfa para las bestias?, "No hay"~ El sirviente de mi acompañante, que había sido soldado alguna vez y que como ellos carecía de escrúpulos, procedió sin más a cortar la alfalfa, que crecía en abundancia en el sector, y a matar un pollo de la docena que merodeaba por allí, pese a la insistente revisto el Chimborazo y otras cumbres andinas, su majestad se empequeñece y se vuelven nada más que montículos. En una de las quebradas que se abrían cientos de pies hacia dentro se podía ver una casa levantada en una pequeña planicie, junto con su pequeña siembra de maíz y una vaca paciendo, todo lo cual se juntaba para formar un cuadro asombroso de alegre soledad y retiro. No se podía entrever ningún acceso a dicho lugar, que probablemente había sido elegido como protección contra los abusos de la soldadesca en sus marchas ocasionales por el campo, las cuales son tan destructivas como las plagas de langostas egipcias. El aire era deliciosamente tibio y agradable después del caluroso y pestífero clima de Guayaquil. Y cuando el mugir del ganado que parecía pastar muy lejos vino hasta la colina, la imaginación me llevó de regreso a mi país, y regresé a la choza, sumido en los gratos recuerdos de los amigos que dejé atrás y de las sonrientes colinas de mi tierra natal. Pero un potaje humeante y un voraz apetito son enemigos de todo sentimentalismo; y pronto me puse a discutir acalorada mente acerca del sabroso plato que

nos servían. Una sopa Sterne habría sido más de nuestro gusto, pero estábamos demasiado cansados para recibir esta gracia, incluso si hubiéramos tenido unas hermosas campesinas francesas para bailar en vez de la vieja bruja de nuestra huésped. Habiéndonos asegurado que no debíamos temer por ninguna manta blanca, nos acostamos dispuestos a recompensar toda la falta de descanso de la noche anterior. Al alba de la mañana siguiente, el termómetro indicaba 52° F La distancia que había desde Punta Blanca a este lugar era de seis leguas; nos había tomado diez horas el cubrirla, lo que puede dar una idea de cuán malos eran los caminos. puesta no hay. Pero cuando nuestra huésped vio y palpó con sus manos una moneda de un dólar, las cosas cambiaron repentinamente. Fue toda presteza: arrancó la hierba ella misma, bajó corriendo a otra choza que estaba más abajo en busca de unos huevos, y ayudó a nuestros sirvientes a capturar al pollo. Cuando el pollo, las papas y los huevos estuvieron en la olla, se hicieron arreglos para la cena, fui al borde de la colina para admirar el paisaje; y lo hice así porque, amante como soy de las bellezas de la naturaleza, las disfruto más cuando estoy seguro de que no me iré a la cama hambriento, después de haber tenido un viaje agotador. El sol justo estaba ocultándose; y, cuando el velo de vapor que siempre oculta las tierras bajas, empezó a levantarse, logré ver rápidas imágenes de planicies distantes, y pude por un momento seguir el curso del río. El panorama era muy hermoso. Las colinas cercanas

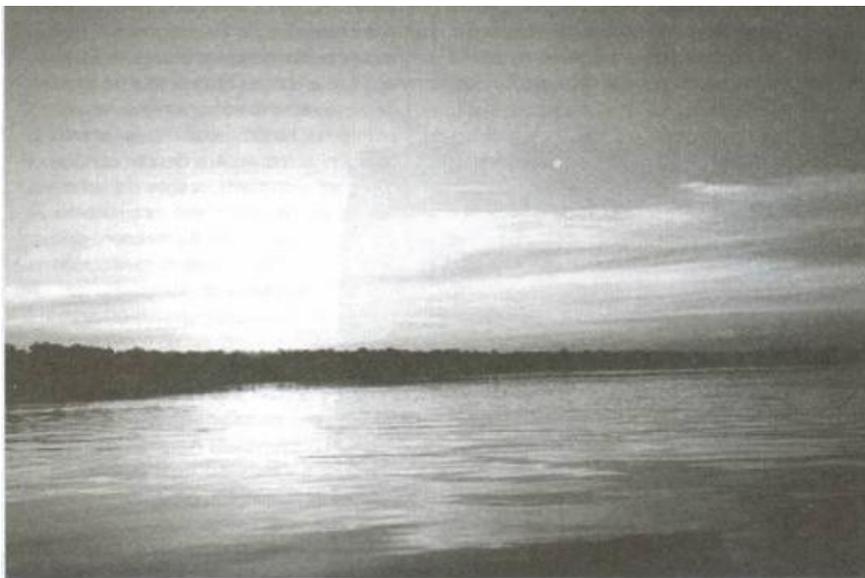
estaban vestidas del más verde manto y por aunque después de haber
entonces me parecían de una altura estupenda,

Región del Muco

Por Alfredo Molano y

fray José de Calazans Vela

Un aparte del libro Dos viajes por la Orinoquía colombiana 1889-1988



riberas del Muco, de la boca en adelante, se hallan casi desiertas, pues sólo se hallan unos pocos pueblos, la mayor parte a considerable distancia hacia el interior. Durante los primeros siete días, o sea hasta el 14 de septiembre, no

El día 7 de septiembre dejamos las aguas del Vichada para entrar a navegar las del Muco, y aunque todavía distantes del interior. experimentamos vivo placer por considerar ya cercano el día de ver a nuestros amigos. Las

hallamos indígena alguno; sólo nos recreaba la vista de las hermosas sabanas que de trecho en trecho se presentaban en la ribera, planas en algunos lugares, revistiendo lindas colinas que a uno y otro lado se hallaban

fijando el cauce del río, siendo mayor su número en la ribera derecha para separar la hoya del Vichada de la del Muco que no están mucho entre sí. En aquellas sabanas se hallan por todas partes carnosos, que dan a comprender el gran número de indios que por ellos transitan para ir del alto Vichada a Orocué o a las poblaciones indígenas del Meta. El día 14 llegamos a Cariney, pueblo de unos 80 habitantes situado en la ribera derecha, compuesto de indígenas Guahibos, Achaguas y Piapocos. Aunque los componentes de este pueblo pertenecen a tribus distintas que antes tenían idioma, usos y costumbres y prácticas religiosas diferentes, hoy han adoptado el idioma y género de vida de los Guahibos. Circulaba entre aquellos indígenas el rumor de que el Gobierno de Colombia había dado orden de dar muerte a todos los indios hasta exterminarlos, noticia que habían recibido de los peones de algunos hatos de las riberas del Meta y que los tenía alarmados y resueltas a abandonar las riberas del Muco para ir a poblar en las regiones más retiradas hacia el interior. Si bien estas noticias son propagadas con el solo fin de intimidar a los indios para que no frecuenten los hatos del Meta donde son temidos, siempre ocasionan un mal porque hacen aumentar la desconfianza y el odio que el indio tiene al blanco y que puede dar funestos resultados para las poblaciones y hatos del Meta, para los viajeros y para las misiones que más tarde se establezcan. Tratamos de convencer a los indios de lo

contrario, asegurándoles que el Gobierno sólo quería su bien y nunca su exterminio, que en prueba de ellos nos había enviado en comisión a aquellos lugares para visitarlos, llevarles algunos obsequios, conocer el número de poblaciones indígenas y saber los lugares donde estaban situadas para enviarles después misioneros; con estas razones se dieron por satisfechos y manifestaron que abandonaban toda clase de temores. Algún emisario llevó a Cariney la noticia de nuestra llegada y los indios con el fin de proporcionarse provisión de carne y de obsequiarnos con parte de ella, emprendieron una excursión de caza en la que la suerte les fue propicia con el hallazgo de dos dantas. A poco de hallarnos en el pueblo, llegaron varios indios cargados de carne; a la vista de tan apetitosa provisión, el pueblo, que parecía dormido se despertó: todos iban y venían en distintas direcciones; cada cual hacía el oficio que se le había señalado, los chicos saltaban de placer y todos gritaban dando órdenes para organizar los trabajos; pronto las columnas de humo que se levantaban de los techos, anunciaron que en las distintas casas se habían encendido sendas hogueras para preparar la carne. El yaraque (1) no faltó para completar la función, porque siendo una bebida embriagante hizo entusiasmar pronto la reunión. Comieron y bebieron hasta la saciedad, refirieron sus hazañas en la cacería, los músicos con sus carrizos o jibobos, entonaron sus aires musicales y el baile empezó con toda animación; en este estado de bullicio y solaz

permanecieron hasta horas muy avanzadas de la noche. Creyendo que podríamos dormir con alguna comodidad, hicimos trasladar nuestra hamaca a una de las casas del pueblo pero la algarazara que se sucedía en rededor nuestro no nos dejó conciliar el sueño. Los muchachos, tímidos al principio, llegaron a ser amigos de tanta confianza que nos tocaban la barba y decían Saricanachi capusino canopaná (padre barbado bueno l, todas las partes del vestido las veían, tocaban y examinaban y especialmente el rosario; a todo decían nerájire [dérnelo] pues su primer cuidado es pedir cuanto ven. No hay duda que la escena que presenciamos en Cariney, fue halagadora y especialmente la buena disposición de los indios para con los misioneros. Ya en este pueblo y los siguientes fueron muy pocos o casi ningunos los obsequios que pudimos hacer a los indios, porque los vestidos que habíamos recibido del Gobierno, la sal, ropa, herramientas, anzuelos, púas, arpones y demás cachivaches se habían agotado; sólo les dimos algunas bagatelas a las mujeres y al capitán de los Achaguas, llamado Sebastián, un pantalón rojo, a nombre del Gobierno; con esto se alarmaron las mujeres porque por el color de dichos pantalones, dedujeron que el Gobierno quería sangre, que al capitán lo llevarían a la guerra y que no debía recibidos; pero éste, que se hallaba hecho una pascua con el regalo y que no se habría quitado sus pantalones por nada, reprendió a las mujeres por su alharaca y las convenció de lo infundado de sus conjeturas. El día 15 de septiembre nos

despedimos de los indios de Cariney y de este día al 20 navegamos sin hallar más caseríos que el de Mayurabo el 16, compuesto de tres casas solamente y que tiene por capitán al indio sáliba Antonio Manchay; el 17 el de Materiba, y el 20 el de Santa Rosa de Lima situados todos en la ribera derecha. Este último caserío se halla recién fundado y habitado por unos 100 indígenas y tiene por capitán al indio Antonio. Como no tenía nombre la nueva población los indios nos exigieron que les diésemos alguno, y les dimos el ya apuntado. Además en este último trecho dejamos sin visitar los pueblos de Turpial y Machaiba situados ambos en la ribera derecha y el último sobre el caño del mismo nombre. El día 21 pasamos por la boca del caño Maparo, el más notable de los pocos que llevan sus aguas al Muco, de una considerable longitud pues nace cerca de las cabeceras del Vichada y es navegado por los Guahibos. El 22 encontramos una canoa llena de indios que bajaban de San Pedro de Arimena de vender algunos efectos y se dirigían a Curicagua lugar de su residencia. Llegamos el mismo día 22 a San Juan de Schabilone pueblo de unos 100 habitantes y que tiene por capitán a Pablo Lara. Entre Santa Rosa de Lima y este último pueblo se hallan los de Tajatanaje, Deberere y Deberiane cuyos capitanes son Antonio Francisco del segundo; Domingo del tercero, y del primero no supimos quién fuera el capitán. El 24 llegamos al pueblo de Raudalito habitado por indios sálibas que tienen por



capitán al indio Felipito; aunque los indios de este pueblo se hallan en constante relación con los guahibos no han abandonado su idioma como los demás que habíamos hallado. Tonina, que tiene por capitán a Manuel Sepiaje, y Raudalito fueron los últimos pueblos que hallamos en el Muco y que quedan cercanos a San Pedro de Arimena. Del último despachamos por tierra un indio para que nos enviasen de San Pedro de Arimena una bestia a las bocas del caño Caracarato para seguir por tierra a aquella aldea que sólo dista unos veinte kilómetros de la citada boca. El 25 terminó nuestra navegación en el Muco: en siete horas recorrimos el trayecto de Raudalito a la boca del Caracarato y a las 3 p.m. entramos a las aguas de este caño. La tripulación se detuvo el resto del día para descansar y preparar las embarcaciones para remontar el Ca raca rato. Aquí haremos alto para hablar del Muco en general. Este río, conocido antiguamente con el nombre de Moco, nace en pantanos llenos

de palmares cerca del curso del Manacacías, al oriente; a poca distancia de sus cabeceras recibe un caño anónimo de bastantes aguas que atraviesan una laguna bien extensa; desde este punto es ya navegable por pequeñas embarcaciones y al recibir el Caracarato que le entra por la ribera izquierda, adquiere aguas suficientes para dar cabida a bongos, piraguas y aún a vapores pequeños. Del Caracarato para arriba su navegación es difícil, no por falta de fondo suficiente sino por lo enmarañado de su ribera pues las ramas de los árboles de sus orillas llegan a cruzarse en varias partes e impiden el paso y los troncos de los árboles que caen en su lecho hacen otro tanto. Corre no muy lejos del Meta, lo que facilita el paso por tierra de las embarcaciones que suben por este río a las aguas de aquél. Además de los habitantes que pueblan los caseríos citados de sus riberas, hay muchos otros que viven desde sus cabeceras hasta la boca del Caracarato. El bosque que cubre sus orillas no es de mucha extensión porque en aquella parte predominan las sabanas. Su cauce es angosto pero profundo y la corriente de sus aguas más veloz que la de las del Vichada. Su curso es en extremo tortuoso, lo que le da una considerable longitud, pero muy fácil de canalizar y reducirlo a la mitad de la longitud que hoy tiene, pues hay vueltas de 2, 3 ó 4 kilómetros que se podrían evitar con sólo abrir un canal de 100 ó 200 metros. Abunda sobremanera la culebra macaurel en toda su ribera, llegando en ocasiones a

contarse cuatro o cinco en un solo árbol. Las aguas de este río son claras y abundantes y van a enriquecer el caudal del Vichada. Calculando a razón de dos kilómetros por hora, cálculo prudente, resultan doscientos noventa y un kilómetros, como curso aproximado del Muco, desde su entrada en el Vichada, hasta la boca del Caracarato.

NOTAS (1) Llámase así una bebida compuesta únicamente de cazabe yagua. Su preparadón es la ~guiente: queman hasta cierto punto un buen número de tortas de cazabe que dividen en pedazos muy pequeños, los humedecen con agua, los envuelven muy bien en hojas y así los dejan por varios días para que se suceda la fermentación; después de 6, 8 ó 10 días, ya se halla el yaraque en estado de tomarlo, y para esto, sólo se recesita diluir bien el cazabe fermentado en agua. Esta es una bebda bien embriagante cuando la fermentación ha durado bastante tiempo. En algunas partes le agregan al cazabe a tiempo de ponerlo en fermentación una pequeña cantidad de miel de caña o de abejas para que la bebida quede ácida; en algunas tribus, en vez de dulce le ponen cierta cantidad de cazabe que las mujeres parten y mascan y al todo le agregan muchos soplos, todo esto para reemplazar el dulce, según su creencia. Muchas veces, a pesar de la repugnancia natural que produce la bebida, sabido el desaseo con que la preparan, se ve uno forzado a aceptarla por no disgustar a los indios



Por Vladimir Acosta

Un breve relato del libro Viajeros y maravillas, tomo III en el que se recrean historias de finales de la Edad Media

Nosotros sólo queremos insistir en ciertas cuestiones, algunas conocidas de todos, otras bastante menos sabidas, pero todas en fin de cuentas necesarias para el estudio que haremos de ciertos aspectos de la obra de Marco Polo en los que se transparenta de algún modo lo maravilloso que hemos buscado en todos los viajeros medievales astudiados, tanto los reales como los ficticios. En cuanto a las primeras de ellas basta con recordar que los Polo, Mateo, el tío de Marco, y Nicoló, su padre, sin ser los primeros viajeros a lo profundo del Asia mongola [pues ya estl..ldiamos los viajes de Plan Carpino y de Rubruck en el capítulo anterior y ya mencionamos el carácter cosmopolita de la corte de los primeros Imanes mongoles), fueron, sí, los primeros en visitar la China, como parte importante de esa corriente de viajeros, exploradores, embajadores papa les y comerciantes que, aprovechando las posibilidades que brindaba al comercio y a

todo tipo de intercambios el dominio mongol sobre la mayor parte del Asia, se lanzaron al Oriente en busca de ventajas comerciales, políticas o religiosas, y que -en el caso de las primeras se sirvieron como punto de partida de las factorías establecidas por venecianos y genoveses en las costas del Mar Negro. S tío Y el padre de Marco salen de Venecia en 1255 EJ1 dirección de Bizancio, ven 1260 de Bizancio para Dimea. Abandonan ésta en 1261, año en que cae el mperio Latino proveneciano, y no pudiendo por lo pronto regresar a Bizancio, comienzan su viaje hacia el interior del Asia. Tras varias etapas y un largo recorrido, llegan en 126465 a tierras del Gran Khan Kubilai, entonces coronado no hacía mucho como emperador de China; y tras permanecer en el país por varios años, cumpliendo funciones comerciales y quizá algunas misiones diplomáticas, están de regreso en Occidente en 1269, comisionados por Kubilai para pedirle al Papa unos cien sabios misioneros capaces de evangelizar la China y de promover discusiones con nestorianos, budistas y rnuquímanes [como la que presenció antes Rubruck en la corte de Mangu) a fin de que el gobemante mongol, tolerante por lo demás como todos los mongoles, pudiera incluso supuestamente

elegir el cristianismo como religión oficial en caso de que la disputa ideológica resultase favorable a los cristianos occidentales. Los Polo no tuvieron mucha suerte en su misión. En primer lugar porque cuando llegaron a Italia el Papa había muerto hacía poco y la elección del nuevo pontífice, la más lenta de toda la Edad Media, se demoró casi cuatro años, lo que representó para ellos, como para toda la cristiandad, una demasiado larga espera, y les hizo reemprender el regreso sin respuesta de la Iglesia, pasando antes por Tierra Santa donde visitaron al legado papal, que inmediatamente después fue electo Papa. En segundo término porque los misioneros que les ofreció al cabo este último, una vez que los viajeros se enteraron en camino de que el legado había sido electo Papa y regresaron a entrevistarse de nuevo con él antes de que partiera hacia Roma, resultaron ser apenas dos monjes, y éstos, un par de cobardes dominicos, se devolvieron al primer peligro encontrado en el camino dejando solos a los decididos viajeros venecianos. Todo no fue negativo, sin embargo, pues en su viaje de regreso a Oriente los Polo se habían hecho acompañar por Marco, el hijo de Nicolás, entonces un inquieto joven de diecisiete años, cuya madre había muerto en Venecia, en ausencia de su marido, y que luego se convirtió en el más importante de los viajeros medievales de la Europa cristiana. Después de abandonar Palestina en 1271 y tras seguir un itinerario cuyos detalles no conocemos más allá de la corta síntesis que del viaje hace

Marco en los primeros capítulos de su obra, los tres viajeros llegan a Catay, esto es, a la China del Norte: centro del Imperio Mongol de Kubilai, en 1275, tras casi cuatro años de recorrido a través de Armenia, Persia, Afganistán, las alturas del Pamir, las soledades del desierto de Taklakan y las vastas estepas mongolas. Allí permanecen diecisiete años al servicio del Gran Khan, verdadero protagonista del relato de Marco Polo. Este no dice nada acerca de las actividades de su padre y de su tío, que podemos suponer fueron predominantemente comerciales, pero de las que podemos sospechar que, como las de Marco, también tuvieron que ver con gestiones diplomáticas o gubernamentales. Tampoco dice demasiado acerca de las suyas, pero al menos nos ilustra respecto a algunas de ellas, seguramente las principales; y aun cuando, pese a todas las investigaciones y estudios realizados, dada la estructura expositiva del libro de Marco Polo, no sea posible conocer bien sus itinerarios ni las fechas exactas de los mismos, podemos empero tener una idea aproximada de las líneas básicas de unos y otras. Sabemos que, siempre en misión al servicio de Kubilai, recorrió buena parte de la China del Norte y del oeste hasta la vecindad del Tibet, que recorrió una parte de la China del Sur, a la que los mongoles designaban como Manzi, que estuvo probablemente en Birmania y seguramente en tierras vietnamitas, en la costa oriental de la India y en Ceilán. Tras diecisiete años de permanencia al servicio de Kubilai,

como administrador, como recaudador de impuestos, como embajador y seguramente como relator de informes cargados de todo tipo de datos interesantes, Marco Polo, acompañado por su padre y por su tío, emprende el regreso a Occidente después de mucho solicitar los tres a Kubilai la autorización necesaria para abandonar el reino. Tras muchas negativas, debidas según Marco al aprecio que les tenía Kubilai, el permiso real se hizo al fin posible cuando no hubo mejor alternativa para acompañar por vía marítima a lo largo de las costas de Indochina, Indonesia, Ceilán y la India, a una princesa mongola solicitada en matrimonio por el Ilkhan persa, pariente y aliado del gobemante chino. Los tres venecianos abandonan China en 1292, y tras tres años de accidentada navegación y luego de muchas peripecias que Marco no precisa, alcanzan de nuevo las costas de Venecia, donde se reintegran todos a su familia, y donde prosperan sin mayores problemas. Marco sin embargo, de acuerdo a una tradición arraigada aunque confusa, participa tres años después de su retomo, en 1298, en una importante batalla naval contra los genoveses, la de Curzola, en el Adriático,

al frente de una galera; y tras la derrota de los venecianos, es apresado y conducido a Génova donde permanece prisionero por un año. Allí, en unas condiciones que no parecen haber sido nada difíciles, conoce a un escritor pisano de cult..lra francesa vinculado a la corte de Inglaterra y autor de novelas artúricas. Asociado con este escritor de profesión, llamado Rusticello de Pisa, Marco produce, probablemente dictándole al pisano lo esencial de sus recuerdos, el libro que lo hace famoso, escrito originalmente en francés y titulado por Rusticello Le Oevisement du monde. La obra, pronto conocida, pronto popular sobre todo en medios cortesanos, pronto presentada también con otros títulos, circula ampliamente y hace conocer a Marco Polo como viajero y escritor. Pero éste no parece haberse ocupado más del asunto ni intentado escribir O dictar más nada acerca de sus viajes. De regreso a Venecia, se dedica a sus labores comerciales, prospera aceptablemente en ellas, se casa, tiene tres hijas, y al cabo muere, bastante viejo, en 1324. Esto en cuanto a los hechos conocidos y más element& les, tanto acerca de Marco y su familia como acerca de su famosa obra.

De pueblo en pueblo

Por Sandra Ocampo

Kohn T res destinos de Antioquia, tres lugares para visitar y disfrutar, ideales para la temporada de vacaciones. Tomados de diferentes ediciones del periódico La Hoja de Medellín

Remolino grande

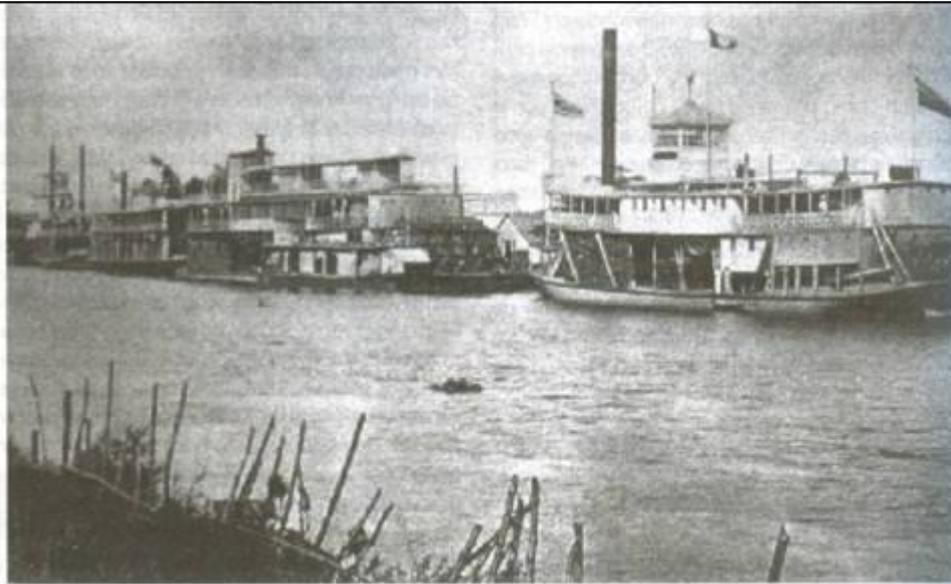
Calor, paisajes hermosos, zancudos, un río inmenso, cerveza y vallenatos. Un poco de todo esto se combina en Puerto Berrío. Municipio de frontera

Hay quienes la llaman la Antesala de Antioquia, porque durante mucho tiempo las mercancías hacían su camino desde el océano Atlántico por el Río Magdalena hasta Puerto Berrío y de ahí, a Medellín. Muchos prefieren llamarla la Antesala del infierno, porque allí los grados pueden subir a 39 a la sombra, y la brisa es escasa, por no decir inexistente. Lo que se mueve es el Magdalena. Pero el pueblo le da la espalda y parece olvidar esa historia gloriosa de vapores y ferrocarril que durante muchos años le dio renombre y plata. Todavía

hoy hay quienes cuentan que las fiestas más maravillosas se hicieron sobre el río Magdalena, cantando a todo pulmón "qué viva Lucho Bermúdez y su música tan bella .. :'. La parranda comenzaba en planchones que viajaban por el río y terminaban en el Hotel que lleva su mismo nombre, cerca de la orilla. Berrío creció en torno al Ferrocarril, gracias a Pedro Justo Berrío, quien dispuso la apertura de un camino que comunicara Medellín con un río no navegable. Luego se decidió que se construyera una vía férrea, y fueron los empleados y

obreros del ferrocarril los que comenzaron a construir la ciudad, con el barrio La Milla, donde se puso el primer riel en 1875. Con el tren llegaron bodegas, equipos y actividades, el comercio creció y Puerto Berrío se transformó en un importante centro de distribución de productos que servía como un

enlace para aquellos artículos importados que venían por río con destino final Medellín. Y la navegación por el Magdalena



impulsó aún más el comercio con el resto del país. Pero en los 60 hubo crisis: el río se deterioró y los ferrocarriles se detuvieron. A esto se sumó el conflicto que hoy todavía es fuerte en la región y que, según los habitantes, se puede casi tocar con los muertos que bajan por el río, a veces a diario, a veces cada semana. El progreso, que había comenzado con la fundación misma del pueblo, se detuvo en seco. Comenzó entonces la ganadería. Grandes latifundios se expandieron por la zona y se mantienen como la actividad económica más importante del Puerto. Berrío ha intentado otras puertas, y después de mucho hacerla, por fin parece mirar de nuevo el eje que ofrece mayores posibilidades: el río

Magdalena, una corriente capaz de transportar 550 millones de toneladas de mercancías al año, y cuya cuenca genera el 85 por ciento del producto interno bruto del país y el 70 por ciento de la producción hidroeléctrica. Sobre este río está Puerto Colombia, el barrio más característico de Berrío. Allí el calor y los

vallenatos se acompañan con un juego de billar, una cerveza helada y un paisaje ribereño que envidiaría cualquiera. Es el barrio de los pescadores. Ellos le miden el pulso al Magdalena en términos de bagre: saben que el río está vivo, en su plenitud, cuando estos pescados miden más de un metro y otras especies siguen "picando". Desde Puerto Colombia también salen las lanchas muy estrechas y largas con turistas que van a recorrer el Magdalena por estaciones: paran de pueblo en pueblo tomando trago y vuelven a navegar. Allí disfrutan de un Magdalena que se extiende hasta tocar el cielo y unos cuántos islotes muy verdes que según cuentan los lancheros, se convierten en islas cuando el

verano es muy intenso. El final perfecto para el recorrido es en el muelle, con un bocachico frito, que en Puerto Berrío tiene un sabor especial, más tierno y gustoso, acompañado por patacón y limonada con agua de panela, o cerveza. y de ahí, la vida es nocturna. En tabernas sin una gota de luz, los jóvenes de Berrío bailan, muy apretados, al ritmo de salsa y vallenato. También la noche trae vida para otra zona: la de tolerancia, que tiene una fama bien ganada. Son más de cuatro cuabras en las que muchos continúan o empiezan la fiesta. y aquí el Puerto juega en serio como tal, pues como dice un "porteño": "aquí llegan niñas de Bogotá, Medellín, Cali... de todas partes". y para quienes prefieren hablar, en el parque principal están Los Cisnes, el chismoseadero del pueblo. Desde las seis de la mañana, entre tinto y chanza, se habla de lo divino y lo humano, y a medida que avanza el día, la bebida cambia, pero no la regla del local: el rumor. Cerca de allí está el parque de la locomotora o parque madre, donde muchos se sientan a lo mismo que los anteriores, a hacerle homenaje al refrán "pueblo chiquito, infierno grande". Aunque de chiquito tiene muy poco, más de 38 mil habitantes y más de 1.100 kilómetros cuadrados. Berrío además está lleno de pequeños detalles que lo vuelven un destino para visitar. Los hermosos ataúdes pintados de rojo, vinotinto, amarillo o gris, fabricados por don Gilberto Córdoba, el hijo del pueblo, quien desde hace más de 30 años trabaja en un negocio para el que "no necesita más de cuatro o cinco muertos para vivir". Él

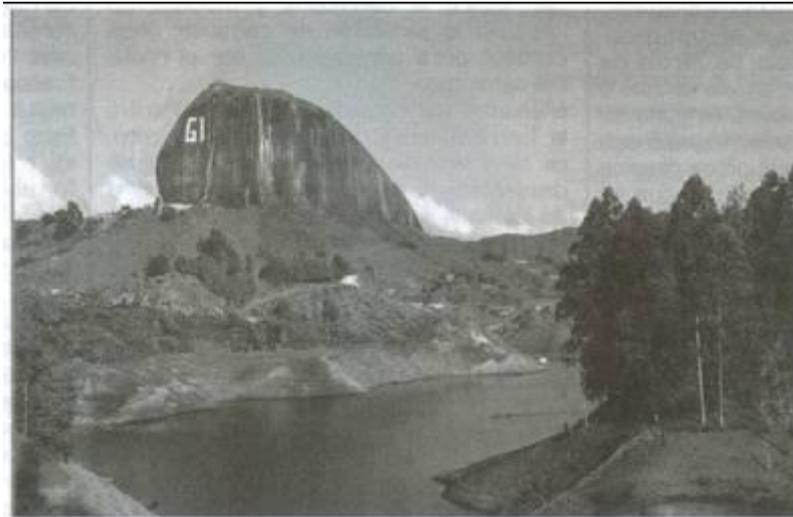
se conoce la historia del municipio de principio a fin y su casa es todo un destino turístico: una puerta colorida invita a los clientes a entrar a la fábrica una pieza en la que están los ataúdes, los cristos y candelabros que él fabricó para acompañar los entierros pues no tenía plata para comprarlos, y las herramientas para su trabajo. En la pieza siguiente, separada de la anterior por una cortina que hace las veces de puerta y siempre está abierta, se ve la cama a un lado y en una repisa, un televisor viejísimo al que acompañan grabadora y ventilador de la misma época. También está el bar El centavo menos, el único que tiene luz y en el que bailan los mayores. O la caseta La última lágrima, una suerte de bar a las afueras del cementerio en el que los dolientes se toman la última copa escuchando Con la tierra encima. Berrío es un municipio diverso, de frontera con el río, con Santander, con otros municipios, de pasado glorioso y conflictos fuertes. Un remolino, como el que le dio su nombre original, Remolino Grande, por el que se forma en el extremo sur de la zona urbana en el río Magdalena. Un municipio para recorrer por rieles yagua.

Pueblo marea

Tal parece que allí la vida corriera por lapsos: son meses de fiesta para luego quedar en el silencio. El Peñol, pueblo de tradición

Cuenta la leyenda que hace muchos años existió un cura que predijo la destrucción del pueblo.

Según él, el viejo Peñol sería devorado por un dragón. Y casi ... aunque el fuego cambió por agua, el pueblo sí fue



completamente destruido, o mejor, sepultado bajo la represa que lleva su nombre. El viejo pueblo fue fundado en 1774 y allí había hermosas casas, iglesias y la casa museo la única que se libró de la inundación. Muchos no soportaron la idea de cambiar lo que tenían por el nuevo pueblo y se fueron para Cartagena a Montería. Inclusive hoy se puede ver esto en las llamadas: a diario Cartagena y Montería son los destinos después de Medellín a los que más se llama desde El Peñol. Es más, muchos cuentan que la mayoría de los graneros paisas que hay en

Cartagena son de peñolitas. El nuevo Peñol, levantado a finales de los setenta, es un pueblo que más parece una urbanización. Algo así como Altamira, López de Mesa o Tricentenario claro, baján dole unos pisos a los edificios, urbanizaciones abiertas, o casi, que por grandes y por llevar mucho tiempo, se convierten en pequeñas ciudades con una vida propia: no hay que salir, allí se puede encontrar lo necesario. Claro que, a diferencia de las urbanizaciones, El Peñol es un pueblo

que vive en un continuo sube y baja. Atrapado en una zona de tensión y víctima del

conflicto armado, el Peñol se debate entre épocas de fiesta, oleadas de turistas y silencios prolongados. Lo curioso es que la gente parece aguardar cada tregua con ansias: apenas pasa "la tempestad", vuelven los turistas, los amigos, los vecinos. y es que El Peñol es hermoso: el paisaje que se recorre en el camino de Marinilla hasta ese municipio está adornado por colinas, sembradas como una colcha de retazos con diferentes productos. Y de El Peñol a Guatapé está ese otro paisaje, más de agua que de tierra que también cautiva a los visitantes y locales. Pero

no sólo es el paisaje. La plaza de mercado, similar a un parqueadero en la 'que se sigue viendo una imagen que era común antes de que el pueblo se hundiera: los campesinos con sus cajas repletas de tomates y pimentones que parecen una fiesta de color. Las fiestas, que incluyen las del viejo Peñol y del embalse en diciembre, con concursos deportivos y reinado a bordo; el encuentro departamental de bandas en agosto que parece una verbena y en el que las bandas de colegios de Antioquia tocan si parar a petición del público; otro encuentro departamental, esta vez de danzas en noviembre y hasta una semana de la antioqueñidad en agosto, atraen turistas. Además está la nueva vocación del pueblo, que se desarrolló por la cercanía con el río Nare y el embalse. Algo que nunca habrían pensado los habitantes del viejo pueblo, también llamado San Antonio del Remolino del Peñol, es que en su municipio habría pescadores, restaurantes de trucha muy apetecidos, navegación, concursos de neumáticos y deportes náuticos. Pero así es, los peñolenses o peñolitas volvieron la represa y la piedra parte de su día a día. Esto también es curioso: aunque se trata de la piedra del Peñol, esta en realidad pertenece a Guatapé. El gran puerto y el municipio más importante de la región, famoso por sus zócalos que son una obra de arte y reproducen formas de animales y flores. Claro que la cercanía entre ambos municipios, en veinte minutos se llega del uno al otro, le ha permitido al Peñol sacar tanto provecho de la represa como el mismo

Guatapé. Inclusive su iglesia semeja la forma de la piedra y, al fin y al cabo, ésta lleva su nombre. y como esto no podía ser todo, para darle más permanencia a ese turismo que sube y baja como la marea, los habitantes de la región andan pensándole a un nuevo proyecto. La idea es convertir la isla del Sol, que está en la represa y es propiedad del Peñol y Guatapé, en una especie de complejo turístico, con acampaderos, cabañas, senderos ecológicos y embarcaderos ... algo así como un San Andrés criollo que le haga honor a la belleza de la zona. Una que además se mueve mucho: basta llegar a cualquier hora a la plaza del Peñol para comprobarlo. Allí siempre están listos decenas de colectivos y viejos taxis blancos, de chivas y yipaos cargados que van a recorrer las veredas, los municipios cercanos y hasta los más lejanos. Ahora, si lo que se quiere es ver el pueblo completo, hay que subir un cerrito que queda a su lado y que tiene un camino de viacrucis. A un lado está el cementerio y en la cima hay un Cristo blanco llamado El Salvador, que domina todo el paisaje. Un paisaje que invita a descubrir, por agua o tierra, una zona plena de sorpresas, que siempre está esperando que baje la marea para que, de nuevo, sus calles y veredas, su río y la represa, vuelvan a cobrar vida.

Con olor a fruta

Son pocos los que no conocen Santafé de Antioquia. Pocos los que no han caminado por sus calles empedradas al atardecer. Pocos los que no han entrado a sus casonas, de corredores extensos, jardines bellísimos, y puertas y ventanas de madera. Pocos los que no han disfrutado de una bolsa de mamoncillos traída desde allá. Pocos los que no se han persignado más de cinco veces ante sus iglesias. Pocos los que no han comprado miel o pulpa de naranja agria. Pocos los que no han probado una barra de tamarindo con una pizca de azúcar. y es que ningún otro pueblo antioqueño como Santafé de Antioquia es tan popular. Así se hable de la belleza de Jardín, de la represa de la Fe, de las playas de Tolú o de los volcanes de Arboletes, ninguno se puede comparar con la



belleza que ofrece Antioquia, con esa vida que allí se respira en cada rincón, con esa tradición que se percibe en el ambiente. Por algo le dicen la ciudad madre. El viaje a este municipio comienza poco antes de llegar al Alto, unos kilómetros arriba de Robledo. Y

una vez se llega allí, donde el Alto termina, viene la primera parada. Los que viajan suelen salir temprano, para tener la excusa perfecta y desayunar en el camino: pandequesos calientes, arepa con quesito y chocolate en agua de panela ... y claro, recalentado para los que se atreven. Hasta ahí la carretera va bien, algunas curvas y un poco empinada, pero sin complicaciones. Es en el descenso cuando empieza a sentirse el mareo. Una curva tras otra, cerradas, estrechas, con buses que conocen de memoria el recorrido y se aparecen veloces cuando menos se espera. Pero el verde que rodea todo y el calor que comienza a sentirse lo compensan. Cuando el sol ya quema un poco viene la otra parada: a comer, claro. En un restaurante que vive lleno a punta de los que conocen la carretera y saben que allí, a orillas del río,

hacen los más deliciosos chorizos y morcilla de la zona, frescos y gustosos. Continúa la carretera y el que da la bienvenida es

San Jerónimo, la Puerta de Oro de Antioquia. Entre mercado y mercader se atraviesan las cuatro calles que quedan sobre la carretera, y muchos no resisten la tentación de comprar unos corozos para entretenerse por el resto del camino. Más adelante está la entrada a

Sopetrán, la Tierra de las Frutas. Desde la carretera se siente ese aroma dulzón que se desprende de los mangos en cosecha o de las naranjas y los nísperos. Por fin, tras casi dos horas de viaje se llega a Antioquia. Quienes van en colectivo llegan a la terminal, si es que puede llamarse así: es una bahía polvorienta en donde aguardan el turno de salida decenas de buses, colectivos y taxis. Pero al pasar la calle ya es Antioquia, aquella de la que todos han oído hablar: una calle empinada y empedrada es la puerta de ingreso. A lado y lado casas blancas con puertas cafés, azules o verdes, todas de madera y que hacen juego con las ventanas. Pronto se llega a la plaza principal, llena de negocios. Están los billares, usados por los nativos en semana y aventurados por unos cuántos turistas que deciden jugarse un chico. También los restaurantes y bares, los almacenes y farmacias. Y claro, la Alcaldía, la Iglesia, una fuente que regaló Juan Gómez Martínez y hasta un hotel. Pero sin duda el centro de atención son los toldos de fruta. Están distribuidos en forma de L, sobre el marco de la plaza y dan la bienvenida al turista ya los propios en una fiesta de colores y aromas. Tamarindo, mamoncillos, nísperos, zapote, guamas, costeño, arequipe, naranja agria y muchas que jamás se han visto en la ciudad. Mucho de ciudad tiene ya la antigua capital antioqueña. Pero conserva algunas tradiciones dignas de presenciar como la Semana Santa celebrada por los niños y el Festival de los Diablitos, en diciembre.

Además, el Museo de Arte Religioso y las seis iglesias que acompañan igual número de parques; el olor a frutas que invade el pueblo y esa historia que parece flotar en el aire; el café secado al sol en las aceras y las bellísimas calles de piedra que atraviesan el pueblo, tienen un encanto que persiste sin importar cuántas veces se hayan visitado.

ALESSANDRO SCARLATTI:

Una vida dedicada a la ópera

El viajero que visite hoy Palermo seguirá sintiendo la fuerte impresión de hallarse en una capital de historia milenaria. Si es un apasionado de la música, tras haber rendido homenaje al Teatro Massimo y a los instrumentistas árabes que decoran el techo de la Capilla Palatina medieval, intentará identificar en el tejido urbano los signos de la época que produjo al mayor compositor de ópera europeo antes de Handel; Alessandro Scarlatti. Scarlatti, a los 12 años, fue enviado a Roma donde posiblemente estudió con Carissimi. Se casó en 1678 y un año después fue nombrado maestro de capilla en San Giacomo degli Incurabili. Por entonces ya había compuesto al menos una ópera (se desconoce el título y no fue presentada) y una segunda, Gli equivoci nel sembiante, tuvo un resonante éxito en 1679. Esto confirmó la dedicación de Scarlatti a la ópera y atrajo la atención de la Reina Cristina de Suecia, quien le otorgó el cargo de maestro de capilla de su

corte. En 1684 Alessandro Scarlatti fue nombrado maestro de capilla en la corte de Nápoles, al mismo tiempo que su hermano Francesco tomaba el puesto de primer violín. Se dice que ellos lograron tales cargos gracias a las intrigas de una de sus hermanas (aparentemente Melchiorra) con dos oficiales de la corte que luego fueron despedidos. En las dos décadas siguientes más de la mitad de las óperas nuevas presentadas en Nápoles fueron escritas por Scarlatti. Dos de ellas, 11 Pirro e Ometrio [1694) y La caduta dei Oecemviri [1697), lograron especial éxito, pero hacia 1700 la Guerra de la Sucesión Española comenzó a desmoronar el estatus privilegiado de la nobleza napolitana y la posición de Scarlatti se volvió insegura. En 1702 dejó Nápoles y se trasladó junto a su familia a Florencia, donde esperaba encontrar empleo para él y su hijo Oomenico con el príncipe Ferdinando de Medici. Cuando esta esperanza fracasó, Scarlatti aceptó un puesto

inferior en Roma como director musical asistente en Santa María Mayor. Con una prohibición papal contra la ópera pública, encontró una manera de explotar su talento en el oratorio y en cantatas para sus patrones romanos, entre otros el príncipe Ruspoli y los cardenales Ottoboni y Pamphili. En 1706 fue elegido en la Academia Arcadia, con Pasquini y Corelli. Al año siguiente intentó conquistar Venecia, la capital de la ópera italiana, con *Mitridate Eupatore* e *11 trionfo della libertà*, pero ambas fracasaron y Scarlatti estuvo forzado a volver a Roma, donde sería promovido al puesto mayor en Santa María. Sin embargo, Alessandro no estaba satisfecho con su carrera como músico de iglesia y hacia

fin de 1708 aceptó una invitación del nuevo virrey austriaco para que retomara su puesto en Nápoles. Allí permaneció por el resto de su vida pero mantuvo estrechos contactos con sus patrones romanos y realizó varias visitas a esta ciudad, algunas de larga duración. Su última ópera, *La Griselda*, fue

escrita para Roma en 1721, y sus últimos años en Nápoles los pasó casi sin actividad. *Griselda* sólo subió a escena una vez; mal comienzo para una obra de indudable interés que salvo alguna reposición el siglo pasado ha permanecido en la oscuridad. La obra

contiene música de primer orden, con arias de gran belleza y variedad que tras escucharlas varias veces resultan lo bastante originales. Sin embargo, si se escuchara a ciegas, muchos pensarían que están ante una ópera de Handel. Pero hay que recordar, que Scarlatti es anterior a este compositor. Ocupado como estaba en la música teatral, Scarlatti afrontó la música instrumental con un retraso de casi diez años con respecto a sus contemporáneos, e incluso a la generación posterior a él, representada por Vivaldi. A pesar de esto, la música instrumental representa una parte importante del catálogo de Scarlatti. El valor de la música instrumental de Scarlatti se encuentra en su disposición arquitectónica, en



el efecto virtuosístico y en la intensidad lírica con que se empleaban los elementos de su lenguaje musical sujeto a rápidas transformaciones. El talento y originalidad de Scarlatti sobrepasó a sus contemporáneos, y de hecho, parte de su mejor aporte aparece en cantatas de cámara, algunas de las cuales se interpretan

todavía, más de 300 años después.